

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 22
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid: 1,50 pts. trimestre; Año 5
Provincias: 1,50 trimestre; Año 5
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 17 de Febrero de 1910

Núm. 6



Llevándose al convento lo que le sobra á los que trabajan.

Nuevo gobierno

Una conjura tramada por palaciegos, conservadores y liberales, ha derribado al gobierno del Sr. Moret, sustituyéndolo por otro, formado con los señores siguientes:

Presidencia, Canalejas.
Estado, García Prieto.
Gracia y Justicia, Ruiz Valarino.
Hacienda, Cobián.
Gobernación, Merino.
Guerra, Aznar.
Marina, Arias Miranda.
Instrucción Pública, Romanones.
Fomento, Calbetón.

Cuanto estimamos á Canalejas hubiéramos querido verle llegar por otros caminos.

De él depende hacernos olvidar con sus actos lo que tiene de poco airosa su elevación al poder.

Moret

La manera con que ha sido arrojado del gobierno, le ha devuelto en parte las simpatías que había perdido por sus vacilaciones.

Si en la primera semana de su mandato, que aceptó en condiciones que debieron despertar agradecimientos perdurables, da la amnistía, abre las escuelas, y publica el decreto de disolución de las Cortes, adquiere fama de gran estadista y se eterniza en el poder.

Su misión era esa: destruir por completo la obra de los conservadores. Con esto hubiera infundido miedo á sus adversarios, obtenido el respeto de sus amigos y despertado esperanzas en cuantos odian la reacción.

Pocos hombres se han visto en situación más propicia para imponerse, lo mismo arriba, que en medio, que abajo.

No lo hizo, y por esto se han atrevido con él ahora.

Su heredero en el poder ya no está en las mismas condiciones. Caerá cuanto intente algo que desagrade.

El propósito

Que todo lo ocurrido tiene por único objeto facilitar la vuelta de Maura, es indudable.

Sin embargo, yo opino que Maura no vendrá inmediatamente después de Canalejas (quien caerá pronto, ya por otra conjura, ya porque se retire voluntariamente al ver que no logra realizar su programa). Sí; yo opino que, para preparar bien el terreno al execrado por todo el mundo culto, sustituirá al actual gobierno Weyler con vistas á la dictadura ó acaso otro presidido por Dato. Y cuando el país lleve algún tiempo soportando con la resignación cristiana que acostumbra una dictadura mansa, entonces será cuando vuelva Maura á

realizar el sueño halagado desde hace tanto tiempo: el golpe de Estado.

Y aquel día...

O España renace ó España sucumbe. Será lo primero, si los que deben evitarlo se aprestan convenientemente.

Será lo segundo, si continúan la marcha que hasta aquí.

Moret-Maura

Puñalada traperera.

Cayó Maura. Ante la ola de odio universal que inundaba á España mientras los oficiales del ejército rodaban por los cerros del Gurugú; ardiendo Cataluña en las dos revoluciones homicidas, la blanca y la roja; empeñada la Hacienda en hacer frente á una guerra indefinida en la cual los millones de España iban á municionar las kábitas hostiles; perturbadas las capitales de toda Europa al grito de *Defenda Hispania*; ante esa fuerza capaz de intimidar al más osado de los Césares, Maura se sostuvo fuerte, inmovible, sin haber quien le llamase al orden, ni arriba, ni abajo, ni á los lados. El propio jefe de los liberales tuvo la sinceridad de confesar la concomitancia de su partido en el toleramiento de tantas desdichas. Y cuando cayó, Maura se complació en decir que cayó porque quería, por no ir á la dictadura. ¡Tan amplio é ilimitado era su poder! ¡Tan seguro estaba de que nadie pondría freno á su voluntad!

Moret, que todo lo ha sacrificado, no á la monarquía, sino á las voluntades secretas que tras cortina dirigen los tristes destinos de esta nación sin ventura; Moret, sin el cual Maura no sería Maura; que transigió con una guerra fatal aún del honor de guerra, comprometiéndose ante el país á exigir cuentas, como si en el partido conservador, todo entero, hubiese solvencia bastante para pagar la vida de un solo soldado de la patria; Moret, olvidándose de exigir las cuentas, absoyó con indulgencia plenaria los terribles pecados del maurismo, dando como ósculo de paz á Maura el Toisón de oro reservado á los grandes caudillos.

Si alguien tenía, pues, méritos personales ante las voluntades ocultas en el poder, ante el partido conservador y ante el propio Maura, era Moret. Además de las pruebas apuntadas, allá van otras.

Subió al Gobierno: los encarcelados por Maura siguieron en la cárcel; las escuelas cerradas, cerradas continuaron, y al abrirlas, se declaró *válido* y elevado á definitivo el fallo preventivo de Maura contra las *Escuelas Modernas*. Se aplacó el furor europeo; se fué resolviendo la guerra; en Cataluña no estallaron bombas... ¿qué ha ocurrido entonces para que se le haya dado el desaire que el propio expresidente denuncia á la opinión, como desencanto final de una vida de fealdad y de sacrificio? ¿Quién reclamaba la deposición? No Europa; no la España liberal; no los partidos radicales, que eran los más perjudicados por la gestión de Moret; no podía pedir la reacción clerical, que ha tenido en Moret el más poderoso lautor. ¿Quién se ha pedido?

No puede haber aquí más que la solución del duelo Moret-Maura. Maura, aplastado por la conciencia mundial, ha cumplido la *inaplacable* hostilidad con odio africano y con astucia de mallorquín. El golpe es cierto; la sorpresa es cierta; nadie se explica el cómo ni el por qué.

Canalejas, al asumir el poder después de inaugurarse esta política jesuítica, revela, ó una penetrante clarividencia de las cosas y una gran conciencia de la fuerza de su programa, ó un candor inconcebible. ¿Será él envuelto mañana en una nueva red misteriosa, para caer desde lo alto del poder al abismo del fracaso? Si así fuese, la reacción de Canalejas habrá de ser más enérgica que la de Moret, si ha de guardarse lealtad á sí mismo. Y en tal hipótesis, ¿ha calculado la camarilla clerical lo que vendrá detrás de esa reacción?

En *El Desierto* queda Moret. To los los que estamos en el Desierto... os traemos monárquico le miramos e a desgracia con una simpatía que no lo tuvimos en el favor. ¿Vendrá Canalejas al Desierto en fecha no remota?... ¿Quedará pobado el Desierto y quedará desierto el poblado?

El duelo Moret-Maura ha terminado. Moret se da por muerto. Pero los muertos políticos resucitan en otra vida y en otro mundo. Y ¡ay de aquel á quien persiguen los aparecidos!..

Una sospecha

Los conjurados contra Moret ¿han ido única y exclusivamente contra él, ó ha entrado también en sus miras anular una energía que se había manifestado potente?

Desde que vi tan elogiado al general Luque por su firmeza ante aquel conato de indisciplina militar, pensé en su próxima salida del gobierno. Un hombre que tiene un rasgo, un prestigio que se alza, puede muy bien ser un peligro que asoma.

Hay que anular las iniciativas viriles que desentonan demasiado en el concierto de acomodamientos cobardes en que hoy vivimos.

Documento histórico

Lo es la siguiente carta escrita por el Sr. Moret al Sr. Aguilera:

«Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera.

Mi querido y leal amigo:

Al salir usted de la Alcaldía de Madrid en los mismos momentos y por las mismas causas que he salido de la Presidencia del Consejo de Ministros, quiero enviarle el saludo más afectuoso y la expresión de gratitud más viva que creo haber sentido en mi ya larga vida pública.

No hace mucho tiempo, en ocasión análoga, fueron reconocidos tan sincera y tan francamente los servicios por usted prestados á Madrid, su acrisolada honradez y sus virtudes cívicas, que cuando yo dejaba el ministerio fué usted rogado por quien podía hacerlo para continuar presidiendo el Ayunta-

mi. Ahora las cosas han cambiado. Aquellos mismos que deben a usted inmensos servicios, y otros que le debieran respeto y consideración, se han permitido injuriarle en el documento que ha servido de pretexto para el acto en que ha sucumbido el partido liberal.

En los días en que se solicita a los desleales y se busca a los intrigantes, es natural se despidan a los leales, y hasta se olvide el hacerlo con aquellas decencias que reclaman los grandes servicios prestados y los constantes sacrificios que han honrado una larga carrera política.

Usted y yo la terminamos juntos; eso me sirve de consuelo, pensando que hasta en la desgracia estoy unido con amistad inquebrantable al ciudadano modelo que, por servir al rey y al pueblo de Madrid, se despojó del único modo que tenía de hacer frente a las estrecheces de su honrada pobreza.

Doloroso es en extremo despedirse así de los ideales que hemos acariciado toda la vida; decepción amarga la que se experimenta cuando se ha puesto todo al servicio de una idea que creíamos llamada a hacer la felicidad de España, y a darle la tranquilidad y la paz de la libertad, amparada por un Gobierno estable, cuyas consecuencias legítimas habrían sido el progreso en el interior, y el respeto en el exterior, teniendo que reconocer, ya en los dinteles de la otra vida, hasta qué punto han sido falaces las esperanzas y defectivas las promesas tan vivamente acariciadas y tan generosas y abnegadamente servidas.

Por eso consigno públicamente la afectuosa despedida que, con profunda emoción, le envío en nombre de todos nuestros amigos, a la mayor parte de los cuales, ya que no a todos, creo poder representar al darle testimonio de admiración, porque de ellos espero, si es que tienen fe en los ideales, una calorosa aprobación de nuestra conducta, único galardón que para los hombres de buena fe ofrece la vida pública.

Los que no se acobarden ante la idea de atravesar el desierto, cuyo camino ahora emprendemos con la esperanza de llegar a la tierra de promisión; a todos ellos, amigos y afiliados, podemos ofrecerles, en cambio de su adhesión, nuestra larga y profunda experiencia y nuestro conocimiento de la historia contemporánea de la Patria, en que hemos sido importantes actores, para alentar su entusiasmo, para indicarles el sendero por donde habrán de llegar a realizar sus anhelos.

Por fortuna, cuando los ídolos se derriban se fortifica la fe religiosa; porque la libertad es la única pasión que ni consumen, ni enfrían los años; antes bien parece que se acrecienta a medida que las decepciones apagan los demás afectos.

No encuentro palabras bastante cariñosas para llevar al ánimo de usted la compensación que en este momento reclaman sus grandes servicios; pero abrigo la confianza de que no han de faltar hombres convencidos que, comprendiendo lo que ahora caigo, se sientan dispuestos a decirlo con todo el valor y con toda la franqueza que ha faltado a los que, en la sombra, han desorganizado y decapitado al partido liberal.

Pero si en lo que queda dicho en-

cuentra usted la ardiente expresión del entrañable afecto del amigo de toda la vida, recíballo como el homenaje a que tiene derecho quien ha sido siempre modelo de ciudadanos y espejo de caballeros.

S. MORET

Hombres de antaño

Estamos en 1854.

O'Donnell conspiraba con escasa fortuna.

Dulce, el que defendió el Palacio Real la noche que se sublevó el general León, era director de caballería.

Llegó una noche a su casa y encontró llorando a su mujer.

Interrogóla, y ella le contestó que la reina Isabel le había hecho aquella tarde un acentuado desaire en público.

Dulce trató de convencerla de que se había equivocado, pues no era posible que la reina hiciera intencionadamente un desaire a la esposa de un hombre tan leal como él.

A los pocos días estalló el movimiento militar de Vicalvaro, y en él figuraba el general Dulce con toda la fuerza de caballería de Madrid.

Los hombres de antaño se erguan varoniles ante el ultraje.

SOBRE LAS LEYES

de enseñanza primaria

Aplaudimos sinceramente las Reales Ordenes que publica la *Gaceta* del 4 de este mes, en cuanto producen la reapertura de las escuelas llamadas *laicas*, en cuanto aclaran el concepto de *laicas*, aplicado a las escuelas, y en cuanto afirman la supremacía del Estado en la misión educativa.

Entristécenos, sin embargo, el pensar que en el año 1910 se reciben con aplauso liberal en España estas medidas y su necesidad. ¿A dónde vamos a este paso? Comparando las fechas de 1810 y 1910 cuánto hemos avanzado, camino del progreso? ¿Qué dirían, si levantasen cabeza, Godoy, Aranda, Roda y Azara? ¿Qué dirían de nosotros los muertos de las tres guerras civiles; qué diría Prim; qué dirían los apóstoles de la libertad? ¿Qué diría Carlos III al encontrarse al P. Coloma en la Plaza de Oriente? ¿Qué diría Felipe II al ver la Corte Romana llevando el Índice de los ministros del Rey de España? ¿Qué diría Pedro el de las Navas, al ver al primer ministro mendigar las órdenes de la Nunciatura y los consejos de Chamartín?

Peró nuestra tristeza es mayor. Por que en uno de los párrafos de aquellas Reales Ordenes, hallamos estas palabras:

«En este sentido (de ser reputada *laica* toda escuela en que no sea obligatoria la enseñanza de la religión católica, ni ninguna otra) único en que la frase es admisible, son laicas multitud de escuelas y otros establecimientos de enseñanza perfectamente legítimos, regidos

por personas dignas del mayor respeto, donde se dan enseñanzas de diversos géneros y aun la educación general civil, sin que a nadie le haya ocurrido que en ellos se hace ni se fomenta nada contrario a las creencias, al dogma o a la moral cristianas.»

Este párrafo es desconsolador y además peligroso, por equivoco.

En efecto: aquí se da por sentada la ilicitud de *hacer o fomentar* en las escuelas nada contrario a las creencias, al dogma y a la moral cristianas.

Primeramente hay que advertir que no existe código alguno que defina esta moral, este dogma y estas creencias cristianas. Desde Arrio y Apolonio, hasta Servio y Bruno, son «cristianos»; cristianos son Molinos y su familia de inmorales. No hay *credo* propiamente dicho. Si se congregase el Concilio con el Papa a la cabeza y con todos los obispos de asesores, y se les forzase a puntualizar las *creencias, dogmas y moral cristianas*, de aquí a mil años no se habría puesto de acuerdo.

Ni hay tampoco criterio dijo para hallar esa *moral y creencias*; una *creencia* religiosa que reúna las condiciones esenciales del dogma: *semper, ubique, ab omnibus*. He aquí, pues, una ley española sobre lo imposible de averiguar.

Pero es el caso que en el Estado español se llama *cristiano*, no lo que procede Cristo, sino lo que a los obispos de cada lugar y sitio se les antoja atribuir a Cristo, con razón o sin ella. Y he aquí puesto el capricho episcopal como fuente de moral y lógica, inviolables e invulnerables, y como *criterio oficial* de la verdad científica en España.

Ahora bien: la Geología destruye con pruebas evidentes la falsedad del protopadre Adán y del relato del Génesis en cuanto a la forma y al fondo; la biología demuestra la falsedad de la creación y del pecado original; la fisiología demuestra la falsedad de los milagros; la psicología demuestra la falsedad de todas las teorías anímicas de la gracia y de la responsabilidad; la ciencia geográfica demuestra la falsedad del Diluvio; es decir, ante la ciencia no subsiste dogma alguno histórico de los que se han presentado como fundamentales del catolicismo y del cristianismo.

Con estas anfibolías legales, la Iglesia puede exigir la corrección de todos los textos y expulsar de las cátedras por herejes y contrarios a la *moral cristiana* de su invención, a todos los profesores, como puede condenar la *Gaceta* y esas mismas Reales Ordenes, contrarias a la *moral y dogmas* eclesiásticos.

Este Derecho anfibio es perniciosísimo, es poco serio, es indigno de un Estado; urge afrontar francamente el problema y cortar el nudo gordiano. O la ciencia honrada y libre, o la Inquisición infame y despótica.

Enseñanzas episcopales

«El Buen Combate», del obispo de Santander.

¿Qué diría el obispo de Santander si un autor impío predicase la santidad del incesto, sobre estas máximas de la Escritura, capítulo 19 del Génesis:...

«Fuese Lot a vivir en el monte con

dos hijas suyas estableciéndose en una cueva. Y la mayor dijo á la otra: nuestro padre está envejeciendo y no hay en el país hombre que nos penetre, según costumbre de toda la tierra. Por tanto, emborrachemos al padre y acostémonos con él para recibir y vivificar su semilla. Y así lo hicieron, y entró la mayor y estuvo con su padre sin éste darse cuenta. Y á la noche siguiente estuvo la menor. Y las dos concibieron de su padre. La una parió á Moab, y la otra parió á Benjamín, padre de los Ammonitas. A renglón seguido viene la entrega que Abraham hizo á Abimelech de su esposa Sara, diciendo que era hermana suya, para granjearse la protección de Abimelech. Y Abraham era profeta del Señor.

Por lo pronto no negará el obispo que en ese pasaje se establece como *ley universal* la crianza de hijos y el comercio sexual, pudiendo las hijas usar de su padre si no hay otro varón. En tal caso el incesto queda consagrado por la Biblia. Y si fuera de este caso se defendiese la licitud del incesto con pretexto de la Biblia ¿qué diría el prelado?

Pues lo que él diría del escritor impío digo yo de su pastoral del *Buen Combate*, que intenta justificar con el ejemplo de Judas, luchando contra Antioco Aristófanes, la licitud de la *guerra homicida* que él defiende en España.

Y no es posible que sea descuido ni error ese pretexto, cuando él mismo explica que Antioco «pa-ó á cuchillo o innumerable multitud de hombres, mujeres y niños y se propuso exterminar y aniquilar el pueblo de Israel» «figura del pueblo cristiano». Al decir que «llegaron á Cataluña algunas avanzadas de las guerreras legiones de Antioco» aludiendo á los sucesos de Julio de 1909 ¿qué se propone el obispo? ¿Querrá darnos á entender que él con su lente episcopal ha visto á los sediciosos de Barcelona «pasando á cuchillo á hombres, mujeres y niños, procurando aniquilar y exterminar los católicos...?» ¿En cuál relato de aquellos sucesos ha visto el obispo tamaña intención de exterminio y de matanza? ¿Cómo tiene valor y osadía de aplicar á los que hicieron escolta á frailes y monjas y los resguardaron en sus casas y los alentaron y y consolaron contra las turbas desatadas, cómo se atreve á aplicarles el calificativo de asesinos profesionales y de exterminadores? ¿A quién persiguieron ó molestaron por ser *cristiano* ó por ser *católico*? ¿A cuál comunidad dañaron por causa de practicar las virtudes cristianas? Avergüenzome, señor obispo, avergüenzome de haberme llamado católico y de haber sabido que mis ascendientes se sacrificaron por el catolicismo, cada vez que veo esa desaprensión en mentir, calumniar, acusar en falso y servirse de las *palabras de Dios* para la obra infame de agitar con engaños los malos instintos del honrado pueblo fiel, á fin de llevarle al crimen homicida. Si Dios cometiese esta injusticia,

quedaría con sólo ello destruido; porque un Dios injusto, mentiroso, calumniador y falsario, no es un Dios, sino un Diabolo.

Empero, esta calumnia sistemática, descarada y más repugnante cuanto más artificiosa, es peligrosa, señor obispo, muy peligrosa. Las cosas pueden ir de modo tal, que usted mismo llegue á tocar las consecuencias. Porque con esta exageración del mal y negación de la verdad, y con este falseamiento de los hechos que Dios abomina, condena, detesta y maldice, están irritando ustedes á aquellas turbas, ayer admirables por su templanza dentro del mismo aturdimiento del furor; y, negando es el mérito del límite que *voluntaria y libremente* se pusieron en el mal, ustedes les dicen que nada ganaron y nada merecieron con respetar la vida de los que pudieron asesinar, con no incendiar lo que pudieron incendiar impunemente; y ustedes, con una cerrazón de entendimiento realmente asombrosa, llegan, con el ejemplo de la monja que empujó al patíbulo á Alférez, á declarar que no sólo no se creen obligados á respetar ese favor y perdón de la vida, sino que aprovechan el mismo favor como arma contra el que les protege, y que se sirven de la piedad del salvador de las vidas para matarle á él.

Esta enseñanza es horrible; esta enseñanza es peligrosa; es una lección que jamás debieron dar á esas turbas. Es un pecado de ingratitud y de perfidia que lleva consigo un espantable escarmiento. ¡Tiembo al pensar, señor obispo; tiembo por ustedes, Judas de pacotilla, que predicán la guerra, como Judas, pero que carecen de sus agallas, y en la hora del combate, en vez de sentirse *leones de Judá*, se sienten manayas, y embarcan el pueblo en la guerra yendo ustedes á esperar la nómina del mes! ¡Tiembo la revolución futura! Y deploro que, en vez de alentar con el agradecimiento á las turbas á disminuir el daño, reduciéndolo á sus mínimas proporciones, premiando como *bien* y como *mérito* el mal no hecho, según la máxima de Cristo: «bien haya el que pudo obrar mal y se abstuvo»; y según la máxima ética: «la disminución del mal es un aumento del bien»; en vez de hacer esto, según demanda la justicia, extendiendo el *perdón* magnánimo y cristiano por el daño hecho; en vez de educar y excitar las turbas hacia el bien del mal menor, deploro que con enorme ingratitud é injusticia se les lance y provoque al mayor daño y al *exterminio*, como único medio de defenderse ellos mismos de la maldad de sus favorecidos. Si mañana resurge la revolución y pasa á degüello á granel á frailes y monjas, para no exponerse de nuevo á ser acusados en falso *criando cuervos para que le saquen los ojos*; y si incendiar las casas de los de la Defensa Social, que los hacen culpables como si realmente las hubiesen incendiado; si esto ocurriese ¿de quién sería la culpa?

¿Quién, si no esa acusación injusta y esa agresión hipócrita, habría armado de puñal homicida los brazos que ayer sirvieron de escudo de esos frailes? Si esto ocurriese ¿qué haría ese Judas de Santander, si no cambiar el rugido de león por el pío de pollo aturdido?

Si por azar llegara ese caso, yo diría á las futuras víctimas: «Pedid á los obispos cuenta de vuestra sangre.» Ellos, con sus proclamas de Judas, han convertido en «legiones sanguiinarias» de sectario, al pueblo aquel que arrasaba conventos para dar libertad á las prisioneras y sacar del suplicio á las torturadas. Ellos han convertido en *exterminadora* á esa turba ayer *redentora* en su intención, aunque devastadora en sus medios.

S. PEY ORDEIX

Ó SER, Ó NO SFR

Jaures, en un vehemente discurso pronunciado en la Cámara francesa defendiendo las escuelas laicas contra los ataques de la Iglesia, ha increpado á los católicos en esta forma:

«Ó pereceréis, ó haréis nuevas concesiones á la ciencia, á la democracia y á la razón.»

De broma estaba Jaurés al hablar así.

El día que la Iglesia hiciera concesiones á esas tres diosas de la religión verdadera ¿qué representaría?

El catolicismo tiene que ser como es, ó no ser.

Es favor

Un incendio ha destruido la casa-escuela de San Cristóbal (término de Osa).

—¿Era laica la escuela? ¡Bien hecho! ¡La ira del Señor!

—No era laica. Y no he terminado. El fuego se propagó á la capilla, una joya arquitectónica, que guardaba imágenes valiosísimas y objetos del culto; una verdadera riqueza. La maestra y su madre se salvaron...

—Milagro de Dios.

—Se salvaron, no milagrosamente, sino tirándose por una ventana.

—¿Y no se hirieron desde tanta altura? ¡Milagro por fin!

—No se hirieron, porque la ventana estaba casi al ras del suelo, muy bajita, muy bajita, como la inteligencia de un fraile.

—¡Ahora lo comprendo todo!

Así se gobierna

Contestando á los detractores de las escuelas laicas ha dicho en la Cámara francesa Mr. Briand, presidente del Consejo de Ministros:

«La Iglesia enseña libremente, y el Estado obligatoriamente. Pero entre

esas dos enseñanzas hay esta diferencia: que—aunque no lo quisiera—la del Estado es diversa, variada hasta el infinito, por consiguiente, libre; mientras que la de la Iglesia no puede serlo.

La Iglesia cuando enseña tiene una dirección, un principio y un dogma: su enseñanza está orientada de una manera cierta; se impone por todas partes la misma; y como declara que no hay moral posible que no derive de la fuente de la divinidad, concluye que el Estado no puede moralizar. La Iglesia tiende á una unidad moral poco deseable, y el Estado no puede dar esa enseñanza uniforme aunque quisiera.

Hay en Francia, en medios muy diferentes, 120 000 institutores. ¿De dónde vienen? De todos los medios sociales, hijos de obreros, hijos del medio burgués poco afortunados; desarraigados, cogidos por el ambiente, con frecuencia católicamente educados, dan en todos los lugares del país enseñanza desde el punto de vista que os preocupa, bien diferentes unos de otros. En esta variedad, que es la vida, se encuentra el máximo de garantías de la libertad.»

Este lenguaje, que peca de moderado, ha sido bien recibido por la opinión; pero, como dice oportuna y lógicamente el director de *L'Action*, «no es esta hora apropiada para los largos discursos ni los sistemas absolutos. Esta es la hora de actos breves y oportunos que sometan la Iglesia Romana á la ley francesa y coloquen la Escuela laica por cima de los dogmas, así como también fue a de los partidos.»

Si quiere Canalejas cumplir sus compromisos con la opinión, fíjese en eso. Pocas palabras y actos breves. Y una vez comenzada la labor, no descansar hasta terminarla.

Ya se ha dicho muchas veces: desenvainada la espada para luchar contra Roma, no puede envainarse hasta vencer. Y de Roma vence todo el que la ataca con valentía y constancia.

Y, téngalo en cuenta el nuevo jefe del Gobierno: ó triunfa de Roma, ó cae por Roma.

“APROVECHANDO,”

El Ayuntamiento del Ferrol aprobó, por 13 votos contra 9, una moción disponiendo que la corporación no asista á ningún acto religioso y suprima las subvenciones al clero.

Es una media estocada lagartijera, que debían repetir, aprovechando, todos los Ayuntamientos de España.

Y así acabaríamos con los «moruchos» clericales.

Mi aplauso más entusiasta á esos verdaderos anticlericales del Ferrol.

Bóldos como melones

¡Pero qué burros son los creyentes de todas las religiones y en especial los de la católica cuando no tratan de explicarse los fenómenos naturales!

En Italia, en el territorio comprendi-

do entre Vaglia y San Pietro, cayeron días pasados muchos meteoritos grandes como cabezas de fraile (vulgo melones), que arrasaron la campiña en breve tiempo, estallando ruidosamente.

Los vecinos, locos de terror, refugiáronse en las iglesias, diciendo que el fuego era castigo de Dios, quien lo había extraído del infierno, con calderas y todo, para destruir el mundo.

Y aunque vieron á seguida en el firmamento brillar el cometa llamado Drake con su enorme y fúlgida cola, y se les enteró de la causa naturalísima del trastorno, persisten todavía en cobijarse en los templos, y guardan los meteoritos, á que llaman piedras del diablo, como una muestra evidente de la cólera de su Dios.

Esto es lo que se aprende en las iglesias y en las escuelas no laicas. Esa es la humanidad incubada en la estupidez al calorillo del egoísmo sacerdotal; bóldos inertes que reciben el encontronazo y la luz de los bóldos atraídos por la tierra, sin caldearse ni abrirse á la luz de la ciencia previsor y salvadora.

MILITARES Y FRAILES

Un capitán general escarnecido y asesinado por un arzobispo y por los frailes.

En las puertas de las iglesias y conventos debía fijarse como *bula pontificia*, y en todas las esquinas de los pueblos de España como *bando* de alcalde, el artículo de W. E. Retana, exhumando de los archivos el inicuo, escandaloso y atroz proceso, formado por los frailes agustinos, dominicos y franciscanos de Filipinas, bajo la dirección de un arzobispo antecesor de Nozaleda, contra el capitán general Salcedo, en nombre de la Inquisición de Manila, en el siglo XVII.

Y sería conveniente fijar grandes láminas, en donde se viese al delegado del Rey y al jefe supremo militar y político del archipiélago, cargado de grillos, atado con cadena de hierro y amarrada ésta á la pared de la mazmorra, en los conventos de franciscanos y agustinos, durante meses y meses, hasta extenuar sus carnes.

Y otra lámina, viéndole morir en el fondo de un barco, teniendo á su lado los dos aviesos frailes, feroces como buitres.

Ahí están de cuerpo y de alma entera los farsantes de las virtudes cristianas; ahí aparecen con todo su horror, dándonos la medida de la maldad de sus almas.

En el proceso de Salcedo se ven las artes y mañas de los *hijos de Cristo* en preparar una acusación, en acumular sospechas, en comprar testigos, en sobornar viejas, en utilizar gentes inmorales, en rebuscar enemigos envidiosos para amasar un expediente...

Reproduzcan en todos los periódicos ese estudio de Retana, como introito de

las historias de la represión de Barcelona.

Mande el ministro de la Guerra ponerlo de prólogo en las Ordenanzas Militares y de introducción al Catecismo el ministro de Instrucción.

Y no se necesita más para responder á las perfidias episcopales y clericales.

¡Ese es el catolicismo!

¡Esos son los frailes!

¡Esos son los arzobispos!

¡Ese es el respeto y amor que profesan al Ejército y á sus jefes!

Malditos, hijos de Paternina; miráos en ese espejo. Ese es vuestro padre y vuestro fundador.

Ayuno y abstinencia

(Y ni abstinencia ni ayuno)

El primer viernes de esta Cuaresma visitá-bamos un mi amigo y yo la casa de ciertos señores á tiempo que toda la familia cenaba alegremente.

Como íntimos, nos pasaron al comedor, donde había seis ú ocho personas de la vecindad, también recibidas allí sin cumplimiento, y que presenciaban la cena, dando conversación á la gente de la casa.

A poco de reanudada la charla por el punto en que fuera interrumpida con nuestra llegada, el hermano de la señora, alargando con el tenedor un trozo de salmón, dijo á mi acompañante:

—Prueba, chico; es de lo mejorcito.

—Gracias—repuso él;—pero ya sabes en qué día estamos, y que me obliga el ayuno.

—¿Y qué importa? ¡No es esto pescado!

—Sea lo que fuere; y pescado menos aún: quebrantaría más el ayuno con grave culpa de...

—Me parece, caballero—dice uno de los vecinos,—que lleva usted las cosas demasiado lejos; lo prohibido es la carne.

—Y el pescado también fuera de la comida principal.

—Entonces—preguntó entrando en la escaramuza la señora,—¿estamos pecando aquí todos mortalmente, aunque observamos el precepto de no comer carne?

—Ese precepto, sí; el otro, no lo observan ustedes.

—¡El otro!—exclamaron los tres de los presentes.—¿Cuál?

—El del ayuno.

—Pero, ¿no es lo mismo?

—Son dos mandatos distintos: ayunar y no comer carne.

—Usted quiere bromearse.

—Aquí está mi amigo—y me señalaba,—que podrá decirlo como clasiástico que es.

—En efecto, señores; hay dos prescripciones, y basta con traspassar una para caer en pecado mortal.

—Así es—añadió con toda seriedad el más viejo de los vecinos que parecía algo beato.

—Pues, señores, no lo entiendo—volvió á decir la señora.—Según eso, cometimos cada uno en la Cuaresma pasada diez ó once pecados mortales por cenar pescado en días de vigilia.

—Cometieron ustedes más de ochenta.

—¡Aprieta! ¡Qué enormidad!

—Sí; dos pecados por cada día de Cuaresma: uno por comer carne, otro por comer pescado.

—¡No, no! ¡Eso es absurdo!—se oía exclamar en varios sitios del comedor.

—Yo ayuno cuando es debido: los viernes de Cuaresma, el día de Ceniza, el Jueves y Viernes Santo—alegaba una jamona de buen ver.

—Y yo hago lo mismo—apoyaba una señorita;—papá es en eso muy observante.

—En casa ayunamos también el Sábado Santo, doña Gertrudis.

—Nosotros no—repuso el marido de ésta;—es día de gloria.

—Pero, señores—dijo intentando dominar el tumulto que empezaba;—¿cómo ayunan ustedes?

—Yo—afirmó otro muy en serio—tomo por la mañana mi café con leche y una tostada sin manteca; al medio día, la comida fuertecita con algún extraordinario, y por la noche, un guisadito de merluza o cosa así.

—Y crean ustedes—Interrumpió la señorita—que si mi marido me hace daño el ayuno; esas comidas me ponen a morir. Cuando acaba la Cuaresma no me puedo tener.

—Ni yo...

—Ni yo...

—Seno es—gritó el viejo que parecía beato,—ven que nadie ayuna aquí. Por la noche no se debe comer pescado ni en el desayuno tampoco.

—¿Es incierto!

—¿Es verdad!—aseguraba su mujer.—Lo contrario es no observar los viernes.

—¿Qué es eso de viernes?—interrogó casi indignado un señor hasta entonces silencioso;—digan ustedes todos los días de Cuaresma.

—¡¡Ya escampall! ¡¡Todos... los... días! ¡Qué dice usted!

—Eso, y además unos cincuenta y ocho días del resto del año en que hay que ayunar y no comer carne y no mezclar...

—¿Y no respirar!—se oyó decir,—y luego estallaron algunas risas.

—Cincuenta y ocho del año y cuarenta de la Cuaresma, noventa y ocho, contaban las señoritas; tres meses de los doce ayunando... Pues usted—prosiguieron dirigiéndose al buen señor—bien come de carne hasta en Cuaresma (no siendo viernes) y todo el año.

—Tengo Bula.

—Hubo un momento de silencio.

—¡Ah, la Bula!

Y algunos relan, otros aseguraban que eso era un sacadineros y no creían en ello; se atenían a sus viernes sin carne y con cena de pescado.

—Pero si la misma Iglesia, que manda abstenerse de carne esos viernes, manda tomar la Bula o abstenerse también todos esos días...

—¿Cuál! ¡Inversiones de curas!—le respondieron;—ya no somos tontos para comprar la facultad de hacer lo que no es pecado.

—La Bula no se compra, se toma.

—Pues no la dan sino a precio fijo.

Y de aquí otra polémica para distinguir entre comprar y tomar... por dinero. Y de esto pasaron a si el día de Nochebuena se ha de comer pescado, y si la manteca, el caldo, el café y la sémola quebrantan; y si las langostas, las tortugas, ranas y otros animales son carne o pescado.

El tumulto creció hasta no entenderse nada. La nota dominante eran los viernes de Cuaresma y el Jueves y Viernes Santos; lo demás, pampinas.

Alguno se estiraba a las cuatro vigiliat mayores, el viejo llegaba hasta las temporas; y sobre qué cosa era ayuno, qué abstinencia, qué ambas cosas, tampoco sabía nadie a qué atenerse, y hubo afirmaciones y negrinas entre toda aquella gente; unas diez y ocho personas, creyentes, honradas y que practicaban.

Apaciguada la tormenta, mi amigo aseguró que yo podría dejar aclarada la cuestión.

—Pues que la aclare; que hab'e.

Y me vi negro, para hacerles comprender que ayuno es comer una vez, sólo una y de vigilia, siempre de vigilia, en veinticuatro horas; que luego se concedió ocho onzas de colación, pero sin carne ni pescado, ni huevos ni leche, y luego dos onzas de parvidad por la mañana; que hay cerca de cien días de ayuno al año, y todos son de vigilia para el que no tiene Bula, y el que la tiene no puede comer en ellos de carne mas que en la comida principal, no siendo viernes de Cuaresma, vigilia mayor, Ceniza y Sábado Santo; y que... que... no me dejaron concluir.

—Yo no entiendo eso; ¡qué complicado! Ni en seis meses de estudio me lo aprendo—presumía uno.

—Es imposible, es confuso, habría que llevar colgado el calendario y las leyes esas; no, no; yo me vienes...

Al salir íbamos diciendo ambos amigos:

—Esta gente, siendo buena y religiosa, ni sabe ni observa, ni quiere saber ni le cabe tanta casuística en la cabeza.

—Le suela lo que a todos con la multitud y complicación de leyes civiles, criminales...; observamos lo que podemos. Esa carga legal es propia de sociedades en decadencia, poco observantes de puro nimias, pero fatigadas de tanto yugo.

—Sí, lo que no hacen los legisladores lo hace solito el... *denuso*, gran nivelador y revolucionario a paso lento; contra ese no han tenido jamás fuerza ni el Estado ni la Iglesia; debe ser un signo de la voluntad divina.

JOSÉ FERRÁNDIZ

La ley del embudo

Los clericales de Pamplona promovieron y aplaudieron la suspensión de *Ruido de campanas*, y ahora están que trinan porque, en justa correspondencia, los liberales de aquella población han querido patear una opereta de un compositor carlista.

Cuando se estrenó aquella obra, los carlo-nocedalinos arrojaron piedras a los actores. Después, se puso en escena *Lola Montes*, y silbaron la *Marsellesa*. Ahora les parece mal que se «abuchee» una partitura mala. Se aplican lo ancho del embudo.

Pues «paciencia y barajar», como dijo Montesinos en la cueva; ó «toma tripita», como decía *Labi* a los toros; ó «trágalá», según rebuznaban los blancos contra los negros, refiriéndose a la Constitución.

Donde las dan las toman.

Habla el maestro

«...Yo no quiero confundir al profesor con el cura; pero si admito semejante amalgama como legislador, lo vigilo, llamo la atención del Estado sobre la enseñanza de los seminarios y las congregaciones, la atención al Estado laico, el único guardián de su grandeza y de su unidad».

«...Hasta el día, que yo invoco con toda la fuerza de mi alma, en el cual sea proclamada sin trabas la libertad de enseñar, yo quiero la enseñanza de la Iglesia en la iglesia y no en otra parte. Yo considero como una burla que el clero mismo, y no el Estado, vigile la enseñanza del clero. Es una palabra, yo quiero lo que querían nuestros padres: la Iglesia separada del Estado, independiente...»

«...Escuchad: yo os lo digo con toda franqueza: No tengo confianza en vosotros. Instruir significa construir. No tengo fe en vuestra construcción.»

«...Yo no quiero confiaros la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de las nuevas inteligencias que se aprestan a la vida, el espíritu, el carácter de las generaciones, es decir, el porvenir de la patria. Y no quiero confiaros el porvenir de la patria, porque ponerlo en vuestras manos sería lo mismo que entregároslo. No me conformo con que las nuevas generaciones se sucedan, quiero que adelanten. Por eso

no quiero que sobre ellas pesen vuestras manos ni las alienten vuestro espíritu. No quiero que lo construido por nuestros padres sea deshecho por vosotros. Después de la victoria no quiero la derrota.»

«...Vosotros sois los parásitos de la Iglesia y su perenne malestar. Ignacio es enemigo de Jesús. Vosotros no sois los creyentes, sino los sectarios de una religión que no comprendéis. Vosotros sois los bufones de la santidad. No confundáis la Iglesia con vuestros negocios, con vuestras combinaciones, con vuestra estrategia, con vuestras doctrinas, con vuestras ambiciones. No la llaméis madre para hacerla vuestra esclava. No la atormentéis para enseñarle la política, y, sobre todo, no la igualéis a vosotros.»

VÍCTOR HUGO

LOS MAESTROS DE LA MORAL

Ha ingresado en la cárcel de Montreuil-en-Auge (Francia), el sacerdote Raimundo Cacheleux por haber dado a un niño una lección de moral práctica a estilo de Gomorra.

Creuyendo que en el reparto de niñas le tocaban seis, el ministro de Dios Luis Intropidi estropeó otras tantas en el Asilo religioso de Lodi (Italia).

El Tribunal de Treviso (Italia) ha condenado a nueve años de presidio al cura Pablo Forloni, acusado de delitos comunes.

Comunes en los de su oficio.

El de Reggio Emilia ha condenado a cinco años y tres meses al párroco de Fellegara, por una porción de falsificaciones.

En Católica Eraclea (Sicilia) un revotando, secretario y cajero de la Caja Rural Católica, tuvo el honor de recibir una pateadura monumental que le administraron a conciencia los padres de una niña a quien había estropeado.

El diario italiano *La Razione* refiere que un arzobispo extranjero, al que designa con la inicial S... y que se halla en Roma, *convoció* bíblicamente a la hembra de un matrimonio que le servía. El cardenal Merry intervino en el asunto por *mugimiento* del marido.

Vita, periódico de Roma, habla de otro monseñor, administrador de una orden religiosa, que se *ha alzado* con una porción de miles de liras (pesetas en castellano).

El niño Carlos Louvel, de once años, confesó llorando a su padre, que el ex congregacionista que estaba al frente de la escuela católica a que concurría en Alengón, le había dado una lección de moral calcada en el catecismo de Sodoma. El padre se quejó a la autoridad y el religioso perforador fué preso.

Los católicos de la ciudad le demostraron su *simpatía* y su *afecto* al ver que le conducían a la cárcel.

TIPOS CASTELLANOS

El cura fracasado.

La labranza no le tiraba al muchacho, y el caso es que el chico era avispado, como que hacia el numero uno en la escuela. Nada, nada; habia que hacer un sacrificio y darle car era: hipotecando los majue os habria para los primeros gastos, luego, él se apañaria para ganar beca, o que no habia que pensar en hacerle médico, ingeniero, militar o ricapleitos, ¡qué sería cura. Cura, que es el sueño dorado de todos los campesinos castellanos. Con eso los padres tendrían buena vejez y las hermanas faciles y provechosos acomodados o colocaciones; y así, al paso que servía a Dios, se aseguraba el garbanzo: ¡qué cara condición humana que nada ha de estar exento de egoismos!

Bueno: pues ello fué, que el adolescente, impetrando los padres la influencia del cacique, acudiendo a sus parientes ricos, hipotecando o enajenando algunas parcelas de tierra labranta, ingresaba a poco en el Seminario de la proxima ciudad, y allí comenzó a prepararse con verdadera fe. Tenía entonces doce años, el corazón dormido y el cerebro lleno de ideas falsas inculcadas por el fanatismo de los autores de sus días...

El muchacho estudiaba con verdadera afición. La carrera le tiraba; ¡qué gloria volver a la iglesia donde tantas veces limpió el cepillo, (pues no quita lo cortés a lo valiente, ni la religiosidad al amor al dinero) volver allí de sacerdote: los hijos de sus coevos le besarían reverentes la mano. Estos acudirían a consultarle en sus tribulaciones y sobre todo gozarla de la confianza de sus paisanas entre cuyas jóvenes habia verdaderas monadas...

Trascurrió el tiempo, el estudiante llegó a la edad de los deseos y la Naturaleza se impuso haciendo ver al joven que no la Iglesia sino el matrimonio le llamaba.

No os quiero contar las tribulaciones del pobre mozo al hacer tal descubrimiento. El era bueno, sabia los sacrificios que costaba a sus padres la carrera y la pena que les producía al noificarles su resolución de abandonarla; al mismo tiempo su conciencia le recordaba su falta de fe, y su fantasía, perturbada por una perversa educación, le hacia ver al Jehová bíblico fulminando sus anatemas sobre el desertor. ¡Pobre inocente!

En esta lucha, llegaron las vacaciones; el seminarista retornó al pueblo; al abrazar a sus padres lloró; veía el sacrificio de la hacienda, estéril, la vejez acaso desamparada.

Y al contemplar la campiña alegre, el sol mayestático, potente y vivificador, volvía a llorar; dos sentimientos adversos le arrancaron lágrimas; sus padres le invitaban al sacrificio, la Naturaleza exuberante y el sol vivificador le brindaban amor y libertad...

Los días trascurrían y la lucha continuaba; el joven, para mortificar a la carne rebelde apelaba al estudio de los santos padres, se enfrascaba leyendo los deiquios de los grandes místicos, acudía a la maceración, al ayuno; todo en valde; la Naturaleza protestaba, la sangre vigorosa, bullidora, exigía, el corazón demandaba, la fe se iba replegando, bulían como avergonzados los postreos escrupulos.

La madre notaba con el pesar consiguiendo los insomnios frecuentes, la intensa palidez y el opaco mirar del hijo idolatrado, le acosaba a preguntas, le molestaba con interrogaciones. — ¿Qué tienes, hijot? — ¿No te tratan bien en el Seminario? — ¿Tienes penas? — ¿Estás enfermo? — ¿No comes, si no duermes; en fin, tolas esas interrogaciones que hacen las madres amorosas cuando ven a los hijos inapetentes y ojerosos.

El hijo se limitaba a contestar con vague-

dad, «no tengo nada, me siento bien, dejeme, madre.» Y concluía la plática poniendo un beso en la frente de la anciana.

La temida confesión estalló por fin; estalló llevando el terror, la pesadumbre agoniado al ánimo de los viejos.

— ¿Cómo! el cura fracasado? ¡El altar quedaría desierto, las esperanzas fallidas, las ilusiones, tantas veces acariciadas, se esfumarían en un horizonte de miseria! Señor, señor, el enemigo malo había tentado a su pobre hijo! — clamaba la viejecita.

No, señillos campesinos; no es el enemigo, es la Naturaleza, madre solícita de todos, que reclama lo que es suyo, lo que le pertenece, lo que le roban los que hacen leyes sin su consentimiento y entenebrece inteligencias que la rebeldía reclama...

El padre y la madre, con dulzura primero, mostrándose exigentes después, pusieron de manifiesto ante el seminarista lo que éste vio hacia tiempo: la casa hipotecada, el pegujal venidito, la ruina...

— No padres; soy joven, tengo inteligencias, conservo ágiles los músculos, se trabajar, sé...

Y la madre, rápidamente, arguyó. — Si; como el hijo de la Farruca, que ahorcó los libros, se casó, se llenó de hijos y la miseria dió al traste con él. Como el sobrino del alcalde, que cogió los hábitos y se agarró a los aperos de labranza; mas como después de la vida del Seminario no tenía fuerza ni se daba maña, le embargaron los bienes, le robó su tío de casa y por ahí anda hecho un perdido...

Y así va enumerando los muchos curas fracasados que existen en el pueblo y así va torturando el corazón de su hijo.

— ¡Ella, que soñaba con tantas bendiciones, con esa vida placida, llena de respetos y con las oraciones que disfrutaban las madres de los señores curas en las aldeas!

— ¡El enemigo malo! — torna a lamentar — ¡Jesús María y José! ¡Bendito sea Dios! ¡Hijo, qué disgusto!

Y al padre, toquabierto los ojos le relucen, las callosas manos le tiemblan, el rostro intonso se le demuda y no puede llorar; recuerda la casa, recuerda la viña, le abrumaban los años, tanto, que le inclinaban el cuerpo hacia la tierra, hacia esa tierra que con sudores empapó largos años...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo.

Inexplicable

En Verona (Italia), al tocar con los labios un feligrés la hostia con que iba a comulgar, cayó muerto.

Dícese que, siendo en aquella ciudad muy reñida la lucha entre católicos y radicales, penetraron la noche antes algunos de éstos en la iglesia y echaron ácido prúsico en el hostiario.

Plagio es tal acción de los crímenes cometidos por el Papa Borgia y por los jesuitas homicidas, regicidas, etc., etc.

Pero no voy a eso, sino a esto otro: Si está en la hostia consagrada el cuerpo de Dios vivo, ¿cómo pudo prevalecer contra él el ácido prúsico, de suerte que reventase el comulgante?

No lo entiendo.

Al Director de Penales

Sr. D. Juan Navarro Reverter.

Me alegro que haya usted vuelto a esa Dirección, donde tan buen recuerdo dejó; al contrario que aquel Ren-

duel de mentalidad escasa, intención miuresca, y cuya importancia reside exclusivamente en las barbas: afeitado, ¡adiós, personaje!

Desde que usted se fué de ahí, hasta ahora, han ocurrido horrores en todos ser tidos: inmoralidades, injusticias, infamias... Las cometidas con Salillas reclaman varios grilletes... (diré morales, por el buen parecer).

Mucho tiene usted que trabajar, si ha de meter eso en caja; lo que no conseguirá, si no empieza por aligerar de lapas la Dirección. Sin esto, será inútil cuanto intente.

Después, empréndala con las eminencias periodísticas del ramo; ellas son las que lo traen todo revuelto. ¿Quiere usted tener una regla fija para saber si va por buen camino? Ver que lo atacan. Si lo elogian, considérese usted — ¡perdón por la ofensa! — un aspirante a Rendueles. A éste lo elogiaron a rabar.

Pero basta de preámbulo, y vamos al asunto.

Yo recibo muchas denuncias acerca de los abusos, atropellos é inmoralidades que cometen algunos honorables carceleros de los que llevan un almacén de galones en la gorra. Unas irán más allá de la verdad; el dolor hace injustos. Otras se quedarán a mitad del camino; el miedo sella los labios. ¿Quiere usted escucharlas, para aquilatarlas, impedir las ó castigarlas? Yo se las comunicaré particularmente. ¿No? Entonces las airearé en El Motín, para que el público se entere de que es usted uno de tantos, lo que al presente no creo. Joven, inteligente, y habiendo demostrado ya que se interesa por los presos, ¿por qué no ha de aspirar a la gloria de concluir con las iniquidades consuetudinarias que se cometen en cárceles y presidios? ¡Hermosa, grande y humanitaria misión, que le dará gran fama!

Hoy, y hasta saber si usted quiere que particularmente le comunique lo que a mí llegue, voy a indicarle dos casos en que pudiera entender desde luego. El primero, contenido en esta carta que recibí hace días:

«Sr. D. José Nakens.

Distinguido y bondadoso señor: Los presos de Jaén han conseguido interesarme en su favor, en vista de la desgracia de que son víctimas por muchos conceptos. Desde Septiembre, é impulsados por un instinto tan poderoso como el de conservación, empezaron a pedir á cuantas personas supongan podían hacer algo, se fijasen en la forma en que viven, hacinados, sin higiene, ni local donde poder estar materialmente. La insistencia de sus peticiones, de que siempre es emisario un compañero licenciado, por no serles permitido hacerlo por escrito, me preocuparon sobre manera, y decidí por fin visitarlos, buscando un pretexto y el auxilio del Presidente de la Audiencia. El cuadro que se ofreció á mi vista fué desconsolador; en habitaciones relativamente pequeñas, duermen más de 80 infelices, siendo preciso formar tres filas á lo largo. El patio es insuficiente, teniendo necesidad de guarecerse de la lluvia en

una pequeña galería donde caben difícilmente de pie. No hay enfermería, yendo al Hospital Provincial los enfermos. Excu o decirle, que tampoco hay talleres ni escuelas.

Salí con el firme propósito de hacer llegar á conocimiento de las personalidades más altas aquella ignominia, debiendo á la bondad del Sr. Moret las cartas que le acompaño á fin de que forme juicio, llamándole la atención respecto al informe del Director de la Cárcel, que por lo estúpido y fuera de todo sentimiento caritativo y humano, contrasta con el del Gobernador y Presidente de la Audiencia.

Pero es el caso, señor, que la Diputación de Jaén debe tener interés, por lo que sea, interés de que el Director participa, en mantener en las condiciones que están á los pobres presos, acordando unas obras que no se van á hacer, porque el edificio no es de su propiedad, pero cuidando de comunicar al Gobernador, para salir del paso, que se han dado las órdenes el 20, afirmación absolutamente falsa, cuando ni presupuestado hay para ese fin, ni el acuerdo que para transferir créditos es indispensable.

Todo esto, sin embargo, tiene un remedio tan fácil como lógico. ¿No caben los presos en la Cárcel de Jaén, donde fueron trasladados irreflexiblemente? Pues salgan de ella hasta que las obras se hagan, alojándolos donde anteriormente estaban, ó en otros establecimientos donde tengan el sitio que á las personas hace falta para vivir.

Sus campañas en favor de estos desgraciados son tan conocidas de todos, que ellas han atraído mi atención á su persona á fin de rogarle, si lo cree justo, que diga algo encaminado á remediar la excepcional situación de los presos que sufren una pena que no les impusieron sus juzgadores ni las leyes vigentes sancionan.

Por su sencillez, su lógica, la bondad que revela y el sentimiento humanitario que la dicta, es hermosísima la carta esa; pero lo es doblemente por haberla escrito una señorita, cuyo estilo delata su buena educación y su cultura, y cuyo nombre no revelo, porque así me lo encarga ella.

Vaya ahora la respuesta que el entonces Director de Prisiones, Sr. Testor, dió al Sr. Moret:

«Que, según le decía el jefe de la Cárcel de Jaén, no era cierto que los reclusos carecieran de espacio para dormir; que se alojaban como en las demás prisiones; que la fuerza existente es de 289, habiendo en otras ocasiones 320, y que cuando se realizaran las obras proyectadas cabrían más.

Que las obras proyectadas dependían de la Diputación Provincial y del Ayuntamiento, por tratarse de una prisión preventiva y correccional.

Y que ofrecía enterarse por otros medios, del verdadero estado del local y condiciones en que se encontraban los reclusos, prescindiendo del informe del jefe.»

Al leer ese documento oficial, alabé el celo y eficacia con que el Director de Penales había respondido á la excitación del jefe del Gobierno; mas no pude evitar que acudiese á mi memoria este conocido epigrama:

En un largo memorial
se queja el quinto Pascual
de su jefe mequetrefe.

—¿Y que dice el general?

—Que pase á informe del jefe.

Sé que ésta es la fórmula usual y corriente para salir del paso; pero como así el mal no se remedia y la injusticia se perpetúa, yo me permito, Sr. Navarro Reverter, rogarle á usted que se entere por otro conducto que el del jefe, de lo que ocurre en la Cárcel de Jaén, y resolver lo que sea justo.

Y vamos ahora con el otro caso, ó seáse la otra carta:

Sr. D. José Nakens.

Muy señor nuestro: No sabiendo ya á qué medios recurrir, agotados todos nuestros esfuerzos, víctimas del olvido, lejos de nuestra querida patria (Isla de Cuba), acudimos á usted diciéndole:

Hace algún tiempo les fué concedida la repatriación á su país á los que en iguales circunstancias que nosotros se hallaban, mientras nosotros seguimos lamentando nuestra mala suerte dentro de esta casa. ¿Quiere usted hacer desde las columnas de su periódico, y en nombre de la caridad, un llamamiento á las personas que entienden en este asunto, para que, activándolo, podamos algún día abrazar á aquellos seres queridos que tiempo há lloran nuestra ausencia?

¿Tendremos la suerte de vernos favorecidos por usted haciendo el citado llamamiento?

Así lo esperan los que le dan las gracias anticipadas por tan especial favor y se ofrecen de usted atentos servidores y desventurados hijos de la fatalidad.

En nombre de todos los cubanos

EMILIANO LAFFITA ARGÜELLES

Colonia Penitenciaria del Dueso, 27-1-1910.

Teniendo la seguridad de que usted, Sr. Navarro Reverter, pedirá en el momento que lea este artículo todos los antecedentes relativos á ambos asuntos, y enviándole la satisfacción que experimentará al resolverlos en justicia, tengo el honor de repetirme su colaborador anónimo en la gran obra de moralización que seguramente va á emprender, hasta conseguir quitarle al Cuerpo de Penales la fama de cruel y expoliador que alcanza en la opinión pública.

Y á fin de que en esa Dirección no le oculten lo que escribo, me enteraré dónde vive usted, y allí le enviaré bajo sobre El MOTIN cada vez que trate algún asunto de Penales; esto si usted no me indica que puedo euviarle particularmente las quejas que de cárceles y presidios reciba; pues en este caso se las mandaré á esa Dirección, tomando las precauciones necesarias para impedir que se extravíen antes que usted pueda verlas.

Un loco

En el muelle de San Miguel, de París, se presentó un demente que vestía de blanco, llevaba sobre la cabeza una corona de rosas enarbolaba con la ma-

no izquierda un estandarte y empuñaba con la derecha un sable.

El loco conjuró al Sena á que se retirara, le arrojó el sable y gritó: «Soy Juana de Arco. Te lo mando en nombre de Dios.»

Lo mismo hacen los católicos en el río de la civilización; le mandan, invocando á Dios, que se retire, y arrojan sus armas en medio de la corriente impetuosa.

¡Retirarse el Sena! ¡Retirarse las aguas vivas de la verdad ante un pobre demente vestido de blanco!

Dementes, sí, el uno y los otros.

Los tiempos cambian

Noventa misas se dijeron uno de los días pasados en Castellón, pagadas por varios piadosos varones, en previsión de lo que pueda ocurrir el 18 de Mayo en la visita que va á hacer á la Tierra el cometa Haley.

El Clamor, con muchísima oportunidad, recuerda en esta forma lo que ocurrió en el siglo X, cuando nuestros antepasados creyeron que el mundo tenía forzosamente que acabar:

«Y vino la noche del siglo X, con razón llamado de hierro, siglo terrible en el que había de acaecer la destrucción del mundo y celebrarse el juicio final.

Difícil nos es hoy comprender la ansiedad y congoja de aquella desdichada generación. ¡Con qué desprecio miraba las cosas de este mundo! ¡Cómo se apresuraba á donar sus haciendas á las iglesias y monasterios y tomar el camino de Tierra Santa, con el doble objeto de asegurarse la salvación, visitando el Santo Sepulcro y de acercarse al valle de Josafat, ahorrándose el viaje que habría de hacer después de muerta!

Mas llegaron los primeros días del siglo XI y amaneció la aurora á la hora de siempre, saludada por los trinos de las aves, y el sol siguió su carrera con la regularidad de costumbre, y las montañas no se movieron de su sitio, y los ríos siguieron llevando sus aguas al mar por donde antes, y el hombre, aguijoneado por la necesidad física, volvió su pensamiento y su brazo á la tierra, convencido de que todavía había mundo para rato.»

Ahora no lo toman tan por lo trágico los católicos. Mandar decir una misa de dos pesetas, por si acaso, á nadie arruina; es como jugar un décimo de tres á la lotería. ¿Pero donar sus haciendas á las iglesias y monasterios? Esto ni pensarlo. Solamente alguna vieja imbecil imita á la duquesa de Pastrana desprendiéndose en vida de lo que tiene.

Y en esto son lógicos los beatos. Si el mundo acaba ¿para qué quieren el dinero los curas y los frailes?

Por lo tanto, no confíen éstos en que va ahora á repetirse el timo del año 1.000. Alguna misa que otra, alguna fiestecilla de mala muerte... Pero nada más, nada más.

Los beatos de hoy no serán buenos, pero lo que es cucos...

El Concordato, el Papa y el Gobierno liberal

El ilustrado colega *Heraldo de Madrid* atribuyó hace días al ministro de Estado del gobierno anterior estas declaraciones:

«El resultado de las negociaciones con el Papa ha de ser ineludiblemente el que sigue:

«El partido liberal entiende que, según el Concordato, solo tres Ordenes religiosas pueden vivir conforme a un régimen de privilegio; las restantes quedan sometidas, como cuantas Asociaciones de otra índole existan o se establezcan en España, a la ley común, a la ley vigente o a cualquiera otra que en virtud de su soberanía se dicte la nación.

«Esto es lo que hará el partido liberal. No queremos hacerlo sin que la Santa Sede conozca nuestro propósito, y sin exponerle todas las razones, hasta persuadirle de que esa es la interpretación legítima del Concordato y la que exige, además, la situación política de nuestro país.

«Aún es mucho conceder que en los tiempos actuales vivan tres Asociaciones privilegiadamente, conforme a las leyes canónicas, no según la ley civil común; el Estado, que regula la formación de todas las personas colectivas, y las ampara con sus leyes, y las defiende contra sus agresores, reconoce a esas tres el privilegio de eximirse de la tutela jurídica de ese Estado; les da derechos, y no les impone los deberes correspondientes. Es mucho; no obstante, el Gobierno es tan respetuoso con el pasado, que admite la subsistencia de ese artículo.»

Vemos que España está incurable. En Enero de 1910 un Gobierno liberal no se atreve a hacer efectiva una ley concordada en 1851. ¡CINCUENTA AÑOS! Los ministros del Estado liberal tienen como una gran conquista en 1910 lo que les otorgó el recalcitrante Pío IX en 1851... (¡) Huelga todo comentario.

Pero, sin inconveniente de cargar de nuevo sobre el asunto con la extensión mercedida, vamos aquí a señalar dos peligros del proyecto del Gobierno, que es urgente prevenir.

El Concordato especifica cuáles han de ser dos de las tres Ordenes concordadas; falta solamente señalar la tercera. Advertimos esto, porque nos da mala espina el leer esa frase antigua de «tres Ordenes religiosas». Para justificar nuestra alarma, he aquí algunos números estadísticos del defectuoso censo de 1900 de varones religiosos de algunas Ordenes:

Agustinos.....	735
Benedictinos.....	278
Camilos.....	29
Capuchinos.....	595
Carmelitas.....	700
Cartujos.....	49
Dominicos.....	639
Escolapios.....	1.376
Filipenses.....	90
Franciscanos.....	1.771
Doctrina Cristiana.	328
Claretistas.....	1.202
Jesuitas.....	1.093
Maristas.....	513
Mercenarios.....	135
Paules.....	458

Las dos Ordenes concordadas son los Escolapios, que cuentan 1376 individuos, y los Paules, que cuentan 458. Falta designar solamente la tercera; sobre este punto hay que fijar la atención pública y reclamar del Gobierno que no traicione el Concordato, vendiendo al

Vaticano las dos Ordenes pactadas. De eso no cabe admitir plática ni discusión. La puntualización de esas dos Ordenes costó al liberalismo diplomático reñir no pocas batallas; esta elección débese a un triunfo del sentido patriótico y no al azar, por ser ambas Ordenes únicamente españolas, las que mejor se han adaptado a la vida del pueblo, las únicas que han dejado de revolver la política y las que menos odios han despertado. Tocaría a ellas para ingerir otras, sería una traición a la Patria y al liberalismo.

En cuanto a la tercera, la opinión liberal española estuvo orientada desde el principio en favor de los Filipenses, por ser la *menos frailuna* en sus reglas, la más útil para auxiliar al clero secular, la menos ambiciosa, la más democrática en su vida interior, y por haberse distinguido siempre y en todas partes por la hombría de bien, amplitud de criterio y honradez religiosa de sus individuos.

Para el criterio liberal no cabe duda ni vacilación: esta tercera Orden por señalar es la del Oratorio: la antijesuitica por esencia, por tradición y por espíritu.

Esas tres Ordenes religiosas son las más aborrecidas y menospreciadas de Roma, que no halla manera de apoderarse del dinero de sus arcas ni de convertir en parias del Pontífice a los profesos, que por sus propias reglas gozan de relativa autonomía personal. Es decir, son odiadas por no ser frailes ni siquiera en el título.

Contra ellas conspirará Roma para suplantadas por otras de las suyas, atadas omnímodamente a su carro, y con las cuales meterá en España un ejército de conspiradores, de espías, de corsarios de la riqueza, de agentes maquívlicos y de prostituidores de la religión.

¡Alerta, pueblo español! ¡Alerta, opinión liberal! Aquí hay que concentrar la atención, para saber ver desde el primer momento si las negociaciones obedecen a un espíritu patriótico o a un negocio de traición. No es cuestión baladí conceder la patente a una Orden como los Jesuitas de 1903 individuos profesos públicos, intrigantes, devastadores, disolventes, agiotistas, tiranos desde arriba, regicidas desde abajo, que donde quiera que pisaron dejaron en pos de sí los odios incendiarios, la castración de los espíritus, la miseria de los pueblos, la vileza de las almas, la prostitución del cristianismo y el acanallamiento de los espíritus. No da lo mismo autorizar el curso jesuita que los Cartujos, con 49 individuos, refugiados en el silencio, el aislamiento y el trabajo manual.

Y después de este punto de mira tocanos señalar otro gravísimo.

El Papa venderá muy cara su protección a esa tercera Orden; no es difícil ni temerario calcular que el favor pontificio se venderá al mejor postor.

Quinientas casas de religiosos, que, con otros tantos palacios y otras tantas fincas de gran valor, van a ser cuestión de litigio para el Vaticano, que sabe muy bien el valor de los edificios, el de las fincas de cada convento y las

cuentas y depósitos que tienen en los Bancos.

Esta negociación es de muchísimos millones. El zarpazo del Vaticano sobre los bienes éstos, so color de la negociación, será de perpetua memoria en la riqueza nacional.

¿Ha tomado alguna medida el Gobierno para evitar la sustracción de esta riqueza al dominio público? ¿Va a consentirse que estas Ordenes sean estranguladas por el Vaticano bajo la amenaza de *¡la bolsa o la vida legal!*, sustrayendo de España enormes capitales que aumenten el desequilibrio de nuestra balanza económica?

..

Fijese sobre estos puntos la crítica, y póngase en guardia sobre estos dos graves peligros. Desde hace años cada negociación resulta ser una traición ¡Alerta, españoles! ¡Ojo sobre la diplomacia!

S. PEY ORDEIX

Misas a la baja

Una persona muy piadosa de Weirburg dispuso en su testamento que se dijeran cien misas por su alma.

Como no fijó suma alguna para este objeto, los albaceas abrieron una especie de licitación pidiendo a diferentes parroquias ofertas y precios bajo pliego cerrado y lacrado.

Y fué una verdadera lluvia de concurrentes a la subasta, que ganaron los carmelitas, ofreciendo cada santo sacrificio por treinta y cinco centavos.

Y todavía resultaron caras las misas. ¡Tiene tan poco gasto material! Dos céntimos de harina y tres de vino. Del espiritual no hablo, porque no entiendo una palabra de eso. Exactamente igual que los que de eso viven.

Por lo demás, no deja de ser curioso. El mejor día vamos a ver a la puerta de un templo a un enano con una gran mitra de papel gritando:

¡Gran liquidación por derribo!... ¡Sacramentos más baratos que de balde! ¡Ande el movimiento!

O un letrado parecido a éste: «¡No vayáis a los protestantes de enfrente a que os engañen!

¡Venid aquí!»
¡Cómo me divierto!

Bien dicho

Publicase en Lérida un periódico de pequeñas dimensiones titulado *La Mitra*, que por la valentía con que ataca al clericalismo, merecía llamarse *La Tiara*.

De su estilo puede juzgarse por estos párrafos de un artículo contestando a un papel neo de la localidad, que acusaba a los revolucionarios de Barcelona de haber ultrajado la bandera de la patria:

«No, en Barcelona no se ultrajó a la bandera de la Patria; al contrario; se

definitivo y se quitó de las manos de un gobierno que quería deshonrarla ante el mundo civilizado.

Los que se echaron á las calles de Barcelona, despreciando el peligro que corrían sus vidas, no fueron más que los buenos patriotas, que protestaban con las armas en la mano contra todo lo nefasto y podrido que, por desgracia de nuestra Patria, abunda tanto en ella.

Quemaron conventos. ¿Y qué son los conventos, sino madrigueras donde se ocultan los enemigos de la civilización y de la Patria? ¿Es que todo buen patriota no tiene el deber de hacer desaparecer todo lo que sea perjudicial para su Patria?

Los revolucionarios de Barcelona no fueron enemigos del Ejército que se batía en Melilla, no; lo que odiaron y combatieron fué al Gobierno maurista, por el modo de ir á la guerra y por el modo de organizar las expediciones que el mismo Primo de Rivera condenó por nefastas y suicidas.

¡El Pueblo enemigo del Ejército! ¿Qué padre puede ser enemigo de sus hijos? ¿Es que el Ejército no está precisamente formado por hijos del Pueblo?

Enemigos del Ejército y del Pueblo sois vosotros, reaccionarios de todas calañas. Vosotros, que mientras los hijos del Pueblo se batían en Melilla, sacabais de vuestras bolsas, llenas del sudor del Pueblo que despreciáis, las mil quinientas pesetas para evitar que vuestros hijos fueran á defender la Patria.

Vosotros, que más de una vez la habéis insultado con vuestro separatismo asqueroso.

Vosotros, que cuando Maura se vió obligado por la opinión del Pueblo á suprimir la redención en metálico, no os faltaron medios para hacer desertar en lujosos trenes á vuestros hijos.

Vosotros, que habéis escarnecido á nuestra Patria con guerras civiles, asesinando traidoramente, pues nunca disteis la cara, á nuestro digno y liberal Ejército que forzosamente os ha de odiar á muerte.

Vosotros, eternos enemigos de la civilización, que mientras el mundo progresa, os empeñáis en mantener á nuestra Nación en un atraso indigno para todo país culto.

Y por eso y por todo lo que sois y representáis, se sublevó justamente el pueblo barcelonés, y no contra el Ejército representado por hijos del Pueblo.

Entre los muchos *requiebros* que nos dedica, hemos leído los de ladrones, enemigos del honor y de la cultura. ¡Se necesita barra!

¡Llamarnos ladrones, los que sólo iban con las fuerzas carlistas para robar aunque hubiera sido las entrañas de sus madres; sin honor, los que nunca supieron el valor de esta palabra, pues ni el de indefensas doncellas repetaban; y enemigos de la cultura, los que temen más á la ciencia que al diablo! Habría para reírse si en las circunstancias que atravesamos hubiera tiempo para ello.

Retiráis á castita, carcundas, porque hacen reír vuestras bravuconadas. Y tened por entendido que si un día, debido á la influencia y al dinero que os dais, hiciérais una de las vuestras, los elementos liberales, con la escoba en la mano, se bastan y sobran para aniquilarlos y exterminarlos para siempre.

Estamos alerta y no nos cogeréis desprevenidos.

¡Duro en esa gaituza, valeroso colega, duro! Y sigue poniendo al descubierto, como vienes realizándolo, á esos liberales y republicanos de sacristía que la apoyan.

Ellos, los hipócritas y vividores del liberalismo son los principales culpables del predominio que ha alcanzado la Iglesia en España.

Ni Dios

Se está levantando una catedral católica en Westminster (Inglaterra). Cuando se termine, habrá costado un millón de libras esterlinas. Cinco millones de duros mal contados.

Y es de advertir que, aun yendo muy deprisa, el nuevo templo no se concluirá antes de tres siglos (allá cuando el de la Almudena de Madrid), si se concluye, pues los creyentes de allí andan tan rehacios en soltar dinero como los de por acá.

Y me pregunto: ¿Para qué servirán dentro de tres centurias esas moles pétricas, no habiendo ya católicos, según han confesado *El Noticiero Ex remeño* y *El Siglo Futuro*, ambos de la cofradía?

Es lo que no hay quién me lo diga á ciencia cierta. Ni Dios.

DAR Y QUITAR

Se ha publicado en Bilbao, con licencia de la autoridad eclesiástica, la Hojita de retrete, número 4, de *Reglas de Sol*.

En ella, después de dirigir á los obreros republicanos, socialistas y demás que profesan ideas avanzadas los sociales insultos de bobos, tontos, chinos, brutos, pillos, tibernáculos, que se dejan engañar por sus jefes que son unos sacerdotes, demonios, tucos, diablitos, criminales, asesinos, etc.; después de estas palabritas rebosantes de buen gusto, bondad y dulzura mistificas, como el corazón del pie de imprenta que llevan; después de esta unción evangélica en que ponen de manifiesto la educación de convento, cubiló seminario de los mastuerzos para quienes el salvato y la bellota debieran constituir los más exquisitos manjares, á condición de que, para ser algo útiles, pudiesen siquiera sebo o tocino, pasa el redactor jesuita á explicar á los obreros lo que les dan y lo que les quitan con hacerse republicanos ó socialistas.

Comencemos, dice por lo que os dan vuestros jefes á los obreros liberales.

«Nos dan nada de presente. Os dan para mañana... En cambio, os quitan el dinero...»

Y reflexionando sobre esto, recordé el día que me sacó D. Francisco Pi y Margall al bautizarme; o que me hizo pagar don Eloy de Benot por casar; o lo mucho que estubo mi bolsillo á D. José Nakens por decirme unas misas, confesarme y darme comunión; los cuartos que no hace mucho tiempo me sacó y guisosamente D. Alejandro Lerroux por administrarme el Viático y la Santa Eucaristía, al ver que mi vida se agotaba, y el responso que me canto al crearme muerto; y todos los jesuitas, que si se hubieran puesto de acuerdo, me es amolearon o rétinamos que tanto trabajo me costaba ganar, y me pagaron siempre con promesas de una buena eternidad eterna en la gloria celestial... después que espichase.

Y prosigue la hojita: «Os quitan la religión (para la falta que nos hace)... Os quitan la familia (véanse los conventos socialistas, republicanos, etc.)...»

Os quitan la decencia (cosa imposible de quitarles á ellos)... Os embrutecen (ejemplo: las peregrinaciones, jubileos, misiones y otras juguetas místicas)... Os quitan la libertad (con lo cual nos dejan hechos unos ángeles patudos, ya que, según ellos, la libertad es pecado)... Os tiran al cañón (como en las salvajes guerras sostenidas con la bandera de «Dios, Patria y Rey» con que nos habéis de honrado ante el mundo entero).

Esto, muy extractado y concisamente comentado, dicen las hojitas del Sagrado Catecismo de Jesús; pero callan que á ellos podríamos quitarles los obreros liberales todo, absolutamente todo, menos la albarilla. De tal modo la llevan aherrojada al cuerpo, que forma parte constituyente de su carne y de sus huesos, como lo formarían de su alma... si la tuviesen.

GABINO RONDA

Verdad palmaria

«¿No es tiempo ya de que los sacerdotes y los pastores dejen de mentir hablando de lo que Dios ha hecho por el hombre?»

Porque Dios (en el supuesto de que exista) no ha hecho ni hace más por nosotros que por el tiburón en el Océano, por el tigre en el jinglar y por el halcón en el aire. No quiere más á los niños que á los tiburones.

El que ha escrito eso, que no sé quién es, ha colocado la cuestión en su terreno.

Y aún pudiera haber añadido que por el que menos se ha interesado Dios, ha sido por el hombre.

Si no le da al amigo Adán por complacer á su señora aceptando la mitad de la redentora manzana, ¡valiente zambombo! hubiese estado hecho toda la vida! Ni siquiera se le habría ocurrido hacerse un taparrabos.

Esa será siempre la gloria del hombre: deberse á sí mismo todo lo que es, llevado por su afán de investigación.

Por inventar, hasta ha inventado á Dios.

Sor Juliana

Si no estuviera yo tan hondamente convencido de que la religión cristiana, tal como la pregonan con el ejemplo ses numerosos y aprovechados palatinos es, como la cizña de la parábola, mal ruin para el sembrado humano, os digo ingenuamente que Sor Juliana me habría convertido á ella.

Y en verdad, lector, que nada hay tan dulce, que tan íntimamente conmueva á las almas como una promesa de cielo y de paraíso hecha por los labios mortales sangrantes aún de vida y de pasión humana, á la hora radiante del crepúsculo, hora en que el manantial profético de nuestro sentimiento se desborda impetuoso, anegando todo el ser en la plena excelencia de su poesía.

Porque en el rincón más escondido del corazón, allí donde los recuerdos de la niñez perduran, hay siempre vivos y fecundos gérmenes de ternura y de inocencia, que nos inclinan á creer en la verdad de las magnificencias prometidas, cuando la caricia de un corazón amante los alienta.

¡Quién sabe si yo, cruzado tanto tiempo ya, por convicción, por mandato imperativo de la conciencia, contra la causa grande y santa del cristianismo, envilecida por sus propios apóstoles en el ejercicio de sus prácticas profanas é infames, llegaré á ser venerado en los altares por virtud de unos halagos moniles!...

Sor Juliana me ha conocido impío. Al terminar una mañana el rosario vino á mí y me dijo seriamente:—«Es usted el único que no reza.»—No sé ni el Padrenuestro, hermana—le respondí. Se cogió la cabeza con ambas manos en un violento ademán de terror y de lástima y diciendo compungida: ¡Jesús, Jesús, Jesús!, volvió la espalda, atravesó en silencio la sala y desapareció.

Al caer la tarde solazábame leyendo los capítulos eglágicos de «La aldea perdida», en un balcón. Apareció Sor Juliana.

—Pero, ¿es verdad que no sabe usted rezar?

—Cierto, hermana.

—Siendo así, si yo me comprometiera á enseñarle... Ya ve; en vez de leer esos libros, que serán malos seguramente, hoy el Padrenuestro, mañana la Salve... haría una gran obra de las que agradece Dios y tiene muy en cuenta el día de su alta justicia...

Estaba Sor Juliana soberbiamente guapa. Bajo los pliegues rígidos del hábito, la carne juvenil en la plenitud de la primavera de su vida parecía estremerse en ligeras convulsiones de deseo. Eran sus mejillas vivas rosas encendidas; eran sus ojos negros tan hermosos, ojos de mujer loca de amor.

—¿Por qué era monja Sor Juliana? ¿Por qué la helénica escultura presentada en mis sueños, se recataba humildemente en la rigidez de aquella indumentaria tosca y triste? ¿Qué historia viviente era aquella?

Sor Juliana es monja contra su voluntad, contra los ímpetus de su carne virgen, contra las ansias pasionales, humanas de su corazón, contra las ilusiones bellas de su alma.

Y trataba, esforzándose por aparecer piadosa y santa, de convertirme á la falsedad de lo que en ella era solo apariencia. ¡Es ábamos solos; el secreto quedaría entre los dos!

—No, hermana—me aventuré—pedirme á mí que aprenda á rezar cuando ya tengo perdida por entero la fe, es como si yo me atreviera á reclamar de usted un beso. ¿Es posible esto?

Cruzó los ojos de Sor Juliana una luz extraña, viva y fugaz.

A mí me pareció leer en ellos una respuesta que en sus labios sería sacrilegio, horrendo delito:—«¿quién sabe!»

Desde entonces, Sor Juliana reza el rosario junto á mi cama, en tanto que yo sueño que soy su amante y que son míos sus ojos negros y sus labios encendidos que siempre me sonríen con amor.

ARTEMIO

Voz de verdad

¿De dónde viene la oscuridad, la eterna noche de las almas, la esclavitud más odiosa y que más se ha querido perpetuar?—De la religión.

Bajo su sugestión se tiene vencidas las almas y los cuerpos y se hace del hombre un siervo miserable, sin conciencia de su personalidad, privado de toda fuerza de iniciativa, estéril para la vida.

Ir contra la religión es ir contra el error, librar la más grande campaña por la emancipación del pensamiento humano: libertad del alma y libertad del cuerpo: libertad del pensamiento y libertad de acción; y así en pos del glorioso porvenir, haciendo luz en el antro pavoroso, clareando el camino de las libertades.

Las religiones son como las luciérnagas; para brillar necesitan la oscuridad.

SCHOPENHAUER

Beatería andante

Un suscriptor de EL MOTIN me envió hace días la siguiente Oración que habían enviado manuscrita á su señora:

✠

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo ten piedad de mí y de todos los pecadores, por vuestra preciosa sangre os pido señor os apiadeis de todos los pecadores por vuestra pasión y muerte ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Las personas que recen esta oración nueve días seguidos y la envíen cada día á una persona distinta sin decir su nombre, empezando el mismo día que se recibe, á los nueve días tendrán una alegría. Esta oración es mandada por el Señor Obispo recomendando se recen. La Hermandad de María de Jerusalén oyó una voz que decía: el que recen esta oración será libre de calamidades. Una señora que no la rezó se le murió una hija que tenía tres días después.

Se ruega que siga esta oración y se expida el mismo día que se reciba.

A. D. G.

Ayer recibí otra copia remitida por un suscriptor de Valencia de Alcántara, diciéndome que *las clericatas* de allí la envían á todas las casadas con hijos, sobre todo cuando saben que tienen alguno enfermo, infamia ésta que da lugar á escenas de dolor inenarrables. Pero ¿qué les importa de esto á ellas, si á los nueve días reciben una alegría, según reza la Oración?

Ya podían las zurripueras beatas emplear el tiempo que dedican á copiar y enviar esa paparrucha, en limpiarse las cazcarrias, recoser los calcetines del cornúpeto adjunto y limpiarle los mocós y las legañas á los engendros que procrean en el camastro inmundo donde se pasean mezcladas pulgas, chinches, cucarachas y piojos.

¡Pero qué cochinitamente asqueroso me ha salido el párrafo anterior! Estaba por suprimirlo.

Mas, no; lo dejaré para que se vea la influencia del medio. A puro tratar con clericales, aunque sea para vapulearlos,

me he contagiado un poquito de su lenguaje grosero y plazulesco.

Ahora comprendo que es una leyenda lo del armiño que no se mancha al ponerse en contacto con el fango.

Esta vida ¡ay de mí! es una decepción constante.

Fray Gerundio y el obispo Laguarda

Pídeme *Fray Gerundio* que le dé una mano en el conflicto que le ha creado el nuevo obispo de Barcelona, P. Laguarda, que ha pedido el procesamiento del escritor por injurias, vertidas, al decir del obispo, en un artículo comentando y censurando la Orden episcopal declarando sin licencias á los sacerdotes forasteros residentes en Barcelona.

¡Ya lo creo, que le voy á dar una mano!

Y primeramente le aconsejo al citado *Fray Gerundio*, que usando del carácter indeleble que el Estado y la Iglesia le aplican tan lindamente para jorobarle en sus derechos civiles y políticos, lo saque ahora protestando el *fuero canónico* y pidiendo que se aplique al obispo Laguarda, la excomunión contenida en los cánones contra aquellos que fuerzan á los clérigos á comparecer ante el tribunal civil: doctrina confirmada recientemente por los obispos españoles en su exposición al Gobierno. ¿Queda con este acto excomulgado el P. Laguarda? He aquí la labor de *Fray Gerundio*.

Y ahora vamos á la Orden episcopal.

Morgades fué el primero en spuntar la idea: en otras diócesis ha ocurrido lo propio, entre ellas Madrid y Sevilla, si no estoy trastocado. En otras partes, verbi gracia en Madrid, esta medida contra *forasteros* del obispado, tiene su punto de razón. Los diputados y caciques de provincias sacan para sus clérigos de distrito las colocaciones más cómodas y ventajosas de la capital, que se ve apesada de abatecillos currinches, que en la Puerta del Sol van formando sus cuadrillas á guisa de toreros y *paseantes en Corte*, cuqueando con las devotas del celibato, asediando á casadas y viudas y echándoselas de pollos Tejadás. Que conviene higienizar esto, es indudable. El capón que quiera gallear, deje el plumaje de capón inofensivo, y se exponga como cada quisque, á recoger la *guantá* del marido ó del novio.

Además, esos tipejos son la quinta esencia clerical: los que ponen cuernos á la sociedad, á la Iglesia, al matrimonio y al celibato; los aduladores de todos los caciquismos; los roedores de todos los zancajos, los Thenardier de todos los malos negocios; son los ultrajestados y acólitos de todos los frailes. Duro con ellos.

Pero en Barcelona, aquella medida, realización de un antiguo plan de Morgades, tiene un resabio *separatista*. Es la estrofa eclesiástica de los *Segadores*.

¡Bon colp de fals!

De un golpe Laguarda ha segado la cabeza canónica á todos los *forasteros*: el separatismo debe felicitarle por haber levantado el pendón y por haber inaugurado la cruzada. ¡Barcelona para

los barceloneses viene á decir la medida aquella.

Pero es falso ese pretexto. No hay tal amor á los diocesanos. ¿La prueba? Ahí va. Barcelona está llena de frailes forasteros, franceses, italianos, alemanes, ingleses, manchegos y riojanos. La expulsión de los sacerdotes forasteros no es, pues, una medida en favor del clero diocesano, sino en favor de los frailes. Muchos de esos curas forasteros están en casas particulares, en calidad de capellanes: mientras estén ellos, el fraile no puede penetrar en esas familias para extraer las niñas hacia sus conventos y las fortunas hacia sus arcas. Este es el verdadero negocio, visto ó no visto del obispo.

El clero diocesano continuará, como hasta aquí, danzando por los pueblos de la montaña donde no haya tierra grasa para el fraile. Este irá invadiendo la ciudad, devorando las tajadas y dejando los huesos de mal roer al clero diocesano.

Para desvirtuar esta conjetura fuera menester que Laguarda retirase las licencias á todos los frailes forasteros. ¿No lo hace? Luego su medida no va contra el forastero sino contra el clérigo no fraile, que es la consigna de Roma, por la sencilla razón de que el fraile depende del obispo romano y no del diocesano.

¿Qué hay que hacer contra esta medida trailuno-separatista? Fray Gerundio proponía que se hiciese en las demás provincias con los clérigos oriundos de Barcelona, lo que allí hace Laguarda con los de afuera. «El primer forastero es el obispo» dice muy bien dicho. No estaría mal. Si Cataluña para los catalanes, España para los españoles.

Pero hay algo mejor por hacer.

Esos sacerdotes forasteros, han sido atropellados canónicamente. El que está en posesión de un derecho, aunque sea procedente de la jurisdicción graciosa, no puede ser desposeído sin razón jurídica bastante. Es doctrina de las congregaciones romanas. Contra este atropello hay recurso en los cánones. Si esos forasteros no son memos, se unirán para seguir este recurso canónico, reclamando daños y perjuicios. La calidad de forastero no es razón canónica ni legal en España.

Y entre tanto, hay algo más por hacer, á saber: denunciar al público la nulidad de esta censura de suspensión envuelta en el taparrujo de la retirada de licencias, y esta sentencia de destierro disfrazada de privación de oficio. Con esta publicidad, esa censura queda notoriamente injusta, nula y sin fuerza alguna; no hay obligación de respetarla, según prescripciones claras del derecho canónico. Pueden, pues, requerir apelando al escándalo público, á los encargados de iglesias, la facultad de celebrar etc. y requerir el auxilio de las autoridades civiles.

Y en último caso hay algo mucho mejor que esto.

En Barcelona hay grandes colonias aragonesas, castellanas, extremeñas, valencianas etc. Estas deben darse por ofendidas: éstas tienen derecho á que sus hijos no sean expulsados de la Iglesia de Barcelona; y en caso de enterarse el obispo, los cánones autorizan la erección de capillas ó iglesias exentas de la autoridad del obispo que se

excomulga á sí mismo de las colonias esas; allí pueden entregarse al culto.

Ya lo saben los castellanos, aragoneses, gallegos, navarros y vizcaínos residentes en Barcelona: ¡ni un céntimo á la curia, ni una misa á la parroquia! ni un bautizo, ni un entierro... Los forasteros no necesitan los sacramentos fraile-separatistas.

Si son gentes de pelo en pecho, los soldados de Pedro el de las Navas dirán á Laguarda cómo las gastan los aragoneses cuando se trata de vengar los ultrajes del Papa inferidos al pueblo baturo. ¡Acuérdense de Tolosa los hijos de Aragón! ¡Acuérdense de cómo las gastaron los reyes de Castilla y de León con las demasías papales y episcopales!

¿Laguarda separa de la Iglesia de Barcelona á los forasteros? ¡A la recíproca.

Cristo no fué catalán ni barcelonés. Quienes eran tarraconenses fueron los sayones.

¡Ahí tiene tojo abierto, Fray Gerundio! Convoque una reunión de los victimas, y si no son descastados, ellos acudirán. No faltará quien les dirija en la batalla, si es preciso.

P. O.

Ahí les duele

Después de haber tenido que vencer grandes obstáculos, fué llevado al cementerio civil al son de la Marsellesa, el cadáver de un republicano en el Pinoso.

Ante la convicción y el propósito firme de su viuda y su hijo, no tuvieron otro remedio curas y autoridades que bajar la cabeza.

Sólo con que todo anticlerical y su familia imitaran á ese del Pinoso, sosteniendo sus derechos al casarse, al nacerle un hijo, ó al morir, negándole á la Iglesia toda intervención, se amansarían un poquito curas y frailes.

El golpe en el bolsillo es el más terrible para ellos.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

VIII

LA MENTIRA DE LAS REGLAS.—LOS INVENTORES DEL TORMENTO SON ESPAÑOLES.—LOS AGUSTINOS.—LOS TRINITARIOS.—LOS AGONIZANTES.

El desarrollo de estas *Vulgarizaciones* ha despertado en muchas personas una curiosidad muy disculpable y legítima de conocer á fondo los misterios é interioridades de los conventos, cerrados á piedra y lodo á todo profano, que sólo sabe de ellos lo que el clericalismo le deja conocer. El que quiera ilustrarse bien en esta materia, puede adquirir mi libro titulado *Memorias de un fraile*, que se vende en el kiosko de Blanco y Negro y A. B. C, frente á la calle del Hos-

pital, y del cual sólo restan once ejemplares.

Como las pruebas que yo aduzco en estos artículos para demostrar que los castigos, tratos y tormentos en los conventos son tan claras y convincentes que no admiten duda alguna y llevan la convicción al ánimo más refractario, la prensa que tiene que ejercer de católica para que no deje de cocer el puchero, pone el grito en el cielo y dice que todo son mentiras. ¿Mentiras? Pues entonces han sido unos solemnísimos embusteros los santos y sapientísimos varones que escribieron las reglas y constituciones de las Ordenes religiosas, pues yo no pongo aquí nada de mi cosecha y me limito á copiar fielmente lo que ellos escribieron.

Si yo escribiera para los clericales y para los liberales y republicanos que piensan en católico y cobran en anticlerical, sería cosa de perder la paciencia y dar por terminado el asunto. Los unos por conveniencia y los otros por fines bastardos, rechazan con tenacidad increíble la luz más clara y la lógica más rectilínea. Yo escribo para las personas que buscan de buena fe la verdad, y para el pueblo, á quien la Iglesia no ha sabido ilustrar, pero sí corromper, y al cual es preciso iniciarle en el conocimiento de muchas cosas que sólo conoce de un modo muy imperfecto.

¿Que á muchos disgustan estos artículos? Es natural. Como no son monedas de cinco duros...

En los artículos anteriores hemos examinado las reglas religiosas más liberales. En ellas sólo se preceptuaban ayunos, humillaciones, azotes, cárceles, emparedamientos, etc., etc. Veamos ahora lo que hay escrito y legislado acerca del tormento y de la tortura conventual, medio sublime, magnífico, augusto é infalible de obtener la confesión de la verdad y difundir el santo terror, sin el cual no pueden subsistir las sociedades creadas é inspiradas por el catolicismo.

Desde que San Teófilo entregó al suplicio á Hipatia y el obispo Itacio sugirió al emperador Máximo la idea de aplicar la pena capital por un delito exclusivamente religioso, como sucedió con el hereje Prisciliano, la Iglesia comenzó á imponerse por la tortura y el tormento; y bueno es tener presente que los que le dieron la base de tal sistema expansivo y gubernativo, el obispo Itacio y el emperador Máximo, fueron españoles, que no es justo que nuestra patria sea despojada de la gloria de haber sido la que arrojó la semilla inquisitorial.

Siendo en la Iglesia el tormento y la tortura la pena general y el instrumento más adecuado que utilizaba para investigar la verdad, no es de extrañar que los conventos lo acogieran con júbilo y lo implantasen en su legislación como medida saludable de suprema sabiduría.

ORDEN DE LOS AGUSTINOS

San Agustín, que jamás pensó en fundar frailes ni clérigos regulares de ningún género, escribió una especie de reglamento para el régimen de una academia ó cenáculo de filósofos cristianos. Como en la Iglesia todo se adultera, corrompe y desfigura, se ha pretendido que San Agustín, ya obispo de Hipona, reunió en torno á los sacerdotes

de su diócesis y vivió con ellos conventualmente, como si un obispo de nuestros días reuniese en su palacio á los canónigos é hicieran todos vida común. De aquí nació esa regla agustina, según la Iglesia, y después los frailes agustinos, según la tradición de esa Orden. Las dos se engañan á sabiendas, porque San Agustín, que estaba saturado de prácticas y reminiscencias paganas, hizo lo que todos los filósofos antiguos que fundaron escuelas ó academias: rodearse de sus discípulos y trazarles una norma de vida, como lo practicaron Platón, Séneca, Sócrates, Epicúreo, etcétera. Pero de esto á fundar unos frailes media un abismo.

Los agustinos se las han echado siempre de liberales, tolerantes, ilustrados y eche usted; en realidad son hoy la aristocracia de la frailería y sólo tienen unos competidores serios, que son los jesuitas.

Regla y Constituciones de los frailes descalzados de la Orden de Ermitaños de N. P. S. Agustín.—Congregación de España é Indias. (Madrid, 1664. Están escritas en latín.)

Parte V, capítulo XVII:

«Innovamos y mandamos que se observe en toda la Orden la antigua definición, por la cual se prohíbe á los superiores obtener de sus súbditos la verdad por medio del tormento y de suplicios. Por la presente determinación decretamos que esto debe entenderse no más que de los tormentos crueles, y queremos y lo permitimos en favor de la corrección, que los provinciales puedan aplicar tales penas.»

¡Cuánta verbosidad hipócrita! No era menester tal galimatías para decir: quedan derogadas las antiguas disposiciones que prohibían el tormento, cuya pena se administrará desde ahora en nuestra Orden.

Los agustinos, pues, aceptan el tormento, y por ende, también las agustinas. Entiéndanlo ustedes, reverendas religiosas maydalenas de Barcelona.

ORDEN DE LOS TRINITARIOS

Estos frailes, como los mercedarios, se dedican á la redención de cautivos. Ahora no hay tal cosa; de modo que, lógicamente, estos frailes no tienen razón de ser, pues desapareció el objeto y fin de su fundación. Afortunadamente son pocos, mal avenidos y con una observancia bastante relajada. En Alcázar de San Juan, donde tienen el noviciado, han dado mucho que hablar y nada bueno.

Regla y Constituciones de la Orden de la Santísima Trinidad para la redención de cautivos. (Madrid, 1733.)

Libro I, capítulo XXIX.—De la ejecución de las penas, párrafo 7.º:

«Podrá (el fraile reo) ser obligado á confesar la verdad y á sufrir la tortura en la forma conveniente á religiosos.»

En las llamadas *Extravagantes* está todo el Código penal de estos frailes, ocupando todo el tratado V, con sus cuatro capítulos. En los dos últimos se habla de azotes, ayunos, cárcel temporal ó perpetua y estrechísima, que quiere decir emparedamiento. Que no se olvide.

ORDEN DE LOS AGONIZANTES

Los fundó San Camilo de Lellis para

asistir á los enfermos y acompañarlos en su agonía, de donde les vino la denominación popular de *agonizantes*. Como practican estos religiosos esta misión, realmente sublime y abnegada si se realizara bien, puede verlo el curioso lector si repasa la famosa campaña que contra estos clérigos sostuvo *El Diluvio* hace unos tres ó cuatro años, donde salieron á relucir tales horrores, despojos, tráficos con la muerte y bellaquerías tan ruines, todas comprobadas con testimonios irrecusables, que el cardenal Casañas estuvo á punto de prohibir á tales clérigos su estancia en Barcelona, y gracias á las buenas aldabas que en Roma tenía el célebre Morandini, de funesta memoria, no salieron de esta ciudad á uña de fraile. Todavía tenemos en cartera nuevas hazañas de estos desdichados enfermeros, que saldrán á luz si nos tiran de la lengua.

Reglas y Constituciones de los clérigos regulares, ministros de los enfermos. (Madrid, por Peralta, 1732.)

Parte X, capítulo VI, número 2.º:

«Pero los indicios que no puedan ser purgados con semejantes contrarios, lo deberá ser mediante el tormento, y así, según el prudente arbitrio del juez, se podrá usar de la cárcel, de los grillos, de las esposas y de la privación de la comida y bebida.»

Por hoy hacemos punto final, y en el artículo siguiente examinaremos nuevas Ordenes religiosas que admiten y practican el tormento.

FRAY GERUNDIO

Lo dudo

Me dicen que el día 21 de diciembre fué un joven á examinarse de doctrina á la Iglesia de Arrecife, pues pensaba casarse, y que el cura le preguntó si había pecado con una mujer muy allegada á la que iba á ser su esposa; que el joven confesó que sí; que el cura le dijo que no podía casarlo por esta causa; y que todo se arregló al fin mediante la entrega de cinco pesetas, no sé si para misas.

Dudo que el hecho sea cierto. Y no por suponer á los curas incapaces de realizar actos así, no; soy más imparcial que todo eso; sino por lo exiguo de la cantidad. Puesto á hacer una cosa incorrecta, no hay cura que se tase en tan poco dinero. Piense bien en esto el que me da la noticia y comprenderá que le ha engañado quien se la dió á él.

En el Sur de Tenerife

¡Compasión!

La merece un desdichado clérigo que responde al nombre de Norberto Alvarez, y que explota en propiedad la parroquia de San Miguel.

El santo de este nombre parece que no puede proporcionarle el dinero necesario para sufragar sus gastos, y ha tenido el pobre que comprar un cinematógrafo para conseguirlo.

Pocos días hace alquiló, con gran regocijo, un dromedario que llevase á un caserío cercano á su pueblo, *El Rique*, todo lo preciso para dar una función

pública que le sacase de ciertos apuros, cuando, ¡oh, sarcasmo del destino!, su esperanza se trocó en decepción horrible, al observar que nadie acudía al sitio donde exhibía las películas; sólo de tiempo en tiempo oía, como recompensa á su sacrificio pecuario: ¡A trabajar á la pedrera! El producto en fraile (en bruto) de la función, no llegó á una peseta...

A pesar de este y otros fracasos, continúa mi presbítero exhibiéndose con su cine, inspirándose acaso en el proverbio: «con constancia y mala intención se consigue todo en este mundo.»

Adelante, páter, adelante, y contad con la ayuda de los herejes de San Miguel, ya que el periódico *La Regeneración* de Tenerife, que se dice defensor de los intereses del clero, no se ha dignado aún meter la pata en favor nuestro, recomendando el artefacto que, simultáneamente con misas y responsos, os ayuda á llenar de garbanzos vuestra olla.

UN EXCATÓLICO

Bibliografía

Vocación, novela documentaria, por don Eduardo Barriobero y Herrán. Librería de Pueyo, Madrid. Tres pesetas.

Es una obra vibrante y artística, escrita con esilo sencillo y claro, en que, utilizando una trama novelesca, interesante y humana, el autor estudia la vida contemporánea española, y expone, acerca de ella, teorías atrevidas y sinceras.

El apostolado moderno, estudio histórico-verídico del socialismo y el anarquismo hasta terminar el siglo XIX, por D. José Cascales y Muñoz. Granada y Compañía, editores; Barcelona. Dos pesetas.

Es una obra utilísima para cuantos quieran documentarse á fondo sobre los problemas sociales y la evolución de las ideas modernas.

El Sr. Cascales y Muñoz resume en este libro todo lo que se ha escrito sobre cuestiones tan importantes, y explica con método y claridad notables las diversas fases por que han pasado el socialismo y el anarquismo, desde que comenzaron á influir en la vida contemporánea hasta hace pocos años.

La revolución de Julio en Barcelona, su represión, sus víctimas, proceso de Ferrer.

Acabamos de recibir este libro, editado por la Casa Maucci de Barcelona, que constituye una recopilación completa de sucesos, ordenada por José Brissa, y que abraza los más importantes acontecimientos ocurridos en España relacionados con los comienzos de la guerra, los que se desarrollaron en Barcelona y en toda la comarca catalana durante la Revolución, los fusilamientos de Montjuich, el proceso de Ferrer con el informe del Fiscal y el del defensor Sr. Galcerán, y el juicio que mereció á la prensa europea, sin distinción de matices, la represión ordenada por el Sr. Maura. Esta interesante obra va adornada con 112 ilustraciones fotográficas: vistas del Consejo de Guerra de Ferrer, barricadas, retratos, etc., etc., va impresa en excelente papel satinado, consta de 352 páginas y se vende en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñaladas de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel.

TRES PESETAS TOMO



SECCION AMENA

Los charapotes

(El enfermo, incorporándose en la cama y sentándose:)

—Pilara, traíame una miaja é vino.

—No lo permita Dios! Con que ice el médico que pué que te muéras esta noche ú mañana temprano, y te voy á dar vino!

—Pues por lo mismo. Si mi de morir, m'iré contento. ¡Marianoo!

—¡Padre!

—Traíame el porrón que está en el recibidor, que quité beber vino.

—¿Pero y lo que han traído de la «botica»?

—Que se lo tome él. ¿Has hecho lo que ti dicho?

—Sí, señor; lo hi echado en el barreño con los demás. Aquí viene el fosero.

—¿Qué traís tú aquí?

—Pues que ícen que se muere usté, y ya va siendo esto cosa muy larga. Ya hace tres días que tengo los ladrillos puestos en agua y el yeso amasao.

—¿Pa qué?

—¡Pues pal nicho!

—Lo que tú quíes es vengarte y asustarme por los getazos que te dí el año pasado, morros de uva, samarrugo é balsa; siéntate ahí, que te vas á beber un porrón de vino conmigo. ¡Pequeño!

—¡Padre!

—¿Traís el vino ú voy yo por él? Aquí no manda nadie más que yo, moño!

—Ahí tiene usted el vino; verá usted qué nocheica nos va usted á dar.

El fosero.—¿Y con eso se quisté curar?

—Con esto; vaya un vino, ¿eh? ¡Esto es teta!

—Y el médico, ¿qué ice?

—Lo tenemos engañao; ¿verdad, Pilara?

La mujer.—Va usté á ver lo que hace éste con toos los charapotes que le receta el médico. (Va á la cocina y trae un barreño lleno de un líquido oscuro y espeso.)

El enfermo.—¿Ves eso? Pues esos son toos los charapotes que me manda tomar, y que me llevan costáos más de veinte duros. ¡Qué tío ladrón! Viene por la mañana y manda traer un pomico de una cosa que paice tinta; guelbe por la noche y manda traer otro pomico de un unto amarillo ques lo mismo que el «ali oli» que le pongo yo á los caracoles. Al día siguiente unos polvos negros, que antes me reviento que tomarlos. ¡Y echa pesetas y pesetas! Y yo, pues le digo al pequeño que lo eche todo en ese barreño y lo revuelva, y que me den vino. Y con vino é Cosuenda me voy mejorando; ¿verdad, Pilara?

—La verdá es que está mejor que la semana pasada.

—Y lo que estaré! Ala, enterrador de probes; bebe, bebel!

—¿De modo que too eso lo guarda usté? ¿Y pa qué lo guarda usté?

—Pa aprovecharlo. ¿No me cuesta los dineros? Pues me lo guardo.

—¿Qué negruzca está esa mistural! ¡Paice cosa mala!

—Pué servir pa abonar las viñas; pa dáselo al perro si rabia; pa dáselo á mi suegra cuando le da el histérico.

La mujer.—¡Ay, qué cosas tienes, Manuel! Deja á mi madre, que no se mete con nadie.

—O pa tú, cuando te levantas ra-biando.

El chico.—Padre, el médico sube.

—¡Llévate eso corriendo! Que no lo vea.

La madre.—Corre, quita el barreño de ahí.

El médico entrando, y sin darles tiempo.—Buenos días; ¿cómo se ha pasado la noche? (Viendo el barreño.) ¿Qué es ésto?

La mujer.—Pues...

El chico.—Pues esto es que mi padre...

El enfermo.—¿Qué quisté que sea? ¿Qué m'he puesto peor esta madrugada... y hi echao too eso por la boca!

El médico.—¿Qué barbaridad!

—¿Verdad?

—Pero, en fin, se ha salvado usted, porque... ¿cómo podfa usted haber vivido con eso dentro del cuerpo? ¡Se hubiera usted muerto esta tarde!

El enfermo.—¡Pues por eso no mi muerto, ni pienso morirme, porque no lo hi tomao! ¡Esos son los charapotes que me está usté dando! ¡Le voy á romper el porrón en los sesos! ¡Fuera de aquí, enfantezida! ¡Pequeño! ¡Trai vino é Cosuenda! ¡Y traite el guitarro!

EUSEBIO BLASCO

¡A ESOS!...

«Quítenseme de delante, que atropellaré á algún neo, y estaré libre de penas por ser animales ellos.»

Quítenseme de delante, que á vapulearos vengo, por más que nada os importe mientras os dejen el pienso.

Pero que sepan las gentes, para cuando llegue el tiempo de descartaros, lo mismo que se hace con los insectos, lo que sois y lo que fuisteis y lo mucho que os debemos.

Sepan que fuisteis carlistas del gremio de *ojalateros*, y, pretextando creencias, no expusisteis el pellejo.

Sepan que al ver que don Carlos llevaba perdido el pleito, os hicisteis *liberales*

por vuestra cuenta y sin riesgo, para seguir disfrutando las gracias de los gobiernos.

Sepan que fuisteis vosotros, ó vuestros padres ó abuelos, quienes comprásteis los bienes que tenían los conventos

donde ibais todos los días á daros golpes de pecho y á tomar el chocolate que os daban los reverendos.

Infestáis las academias, profanáis los ateneos, y si la vergüenza es poca, aún son menores los méritos.

Tenéis conventos asilos para huérfanas en p-lo y muchachos motilonos, á quienes con fe y aseó abris el recto camino que ha de llevarlos al cielo.

Eso sí; á primera vista, sois repugnantes y feos, pero, en tratándoos un poco, en cuanto se os ve por dentro, se sienten ciertos impulsos... de cortaros el pescuezo.

Sois cobardes como ratas, hipócritas y embusteros; ni Dios os importa un pito ni la religión un bledo: fingís por la conveniencia, y os pasa lo que al gallego que quiere ser sevillano y habla con mucho ceceo, y á lo mejor se le olvida y dice: «¡Viva mi pueblu!»

Por lo demás, se os conoce en el instante de veros: tenéis aire de familia; raquíticos, verdinegros, no miráis nunca de frente, por no vender pensamientos, y habláis meloso y pausado.

Yo, de ser posible hacerlo, para que se os distingu era cuando llegara el momento, os señalaría á todos, como á las reses, con hierro: así dirían las gentes:

—¡Vamos á él, que es un neo!

EL P. FROILAN

Un fraile hizo tiempo atrás una excursión aerostática.

Uno que lo vió, dijo:

—Esta es la primera vez que veo abandonar á un fraile las cosas terrenales.

LÓGICA INFANTIL

Un niño de cuatro años, hijo de padres indiferentes en religión, fué invitado á almorzar por la madre de uno de sus camaradas, que era muy devota.

Terminado el almuerzo, rezaron para dar gracias á Dios por haberlos alimentado sin merecerlo, y el niño preguntó:

—¿Pero es Dios el que trae á esta casa la comida? En la mia es mi papá.

Jugando un labrador con el cura de su pueblo le ganó tres reales, que éste no pagó en el acto.

Al otro día, que era domingo, al presentar en la Iglesia al labrador el platillo de las ánimas, en vez de echar éste su limosna, dijo:

—Señor cura, queda la deuda en tres reales menos diez céntimos.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

rado, cojo é inútil, el cual fué asesinado.

Que el mismo día, mes y año, dió muerte á Juan Urrea Ruiz de Larramendi, de oficio albañil, casado en Ancín, natural de Ecala, tirándolo á la sima de este pueblo.

Que el día segundo de Pascua de Pentecostés de dicho año de 73 pegó una su t. paliza en el pueblo de Zúñiga á un curi tor de Estella, y mal herido y casi agonizando lo llevó á la sima de Igúzquiza y lo tiró á su fondo.

Que el 23 de Junio del indicado año asesinó al joven de quince años Felix Cavarri, natural de Vilatuerta, tirándolo á la sima de Ecala.

Que junto con este joven mató á Maria o Carín y Caro, de diez y ocho años de edad, natural de Cirauqui, que servía de n. o de labranza en Lorca, tirándolo también á la misma sima.

Que el 8 de Julio del expresado año pegó u. a paliza á Hipólito Sanz, natural y vecino de Villatuerta, disparándole dos tiros, arrojándolo después á la sima de Ecala.

Que el 20 de Agosto del mismo año capturó á Luis Pesado, vecino de Estella, asesinándolo el 21.

Que igualmente asesinó á dos mujeres como de veinte á veintidós años, de las que gozó antes de matarlas, tirándolas después á la sima de Ecala.

Que cogió en el ya citado pueblo de Murietta á un peón caminero, anciano de sesenta años, y después de robarle la ropa que tenía puesta, lo tiró vivo á la sima de Igúzquiza.

Que ató fuertemente á un gitano que le entregaron otros carlistas que no pertenecían á la partida de Rosa Samaniego, y acompañado de otros cuatro ó cinco carlistas, lo asesinó y tiró á la sima de Igúzquiza.

Que al día siguiente de este asesinato sacó de Estella á dos paisanos que eran de Castilla, cerca de Madrid, y los condujo hacia la misma sima, á la que indudablemente los tiraría; porque ya era sabido que todos los que él cogía ó se le entregaban era para matar os.

Que por sospecha de si era confidente, colgó vivo á un hombre, teniéndole en una viga con los pies arriba y la cabeza hacia abajo hasta que le ahogaba la sangre; echándolo después desnudo sobre unas aliagas para martirizarlo, y, bañado en su propia sangre, lo tiró á la sima.

Que en el pueblo de Villatuerta cogió á una joven que parecía una señorita, y, después de gozarse de ella, la mató de un tiro y la sepultó en la sima de Igúzquiza.

Que habiendo intentado tirar a la sima á un hombre vivo, se resistió éste, y agarrándose á brazo partido con uno de la pareja que le acompañaba, lo mataron á bayonetazos Jergón y el otro de dicha pareja, tirándolo á la sima de Igúzquiza.

Que en compañía de otros de la partida de Rosa cogió á un hombre que vendía churros, y lo mató, asesinando también junto con éste á otro desconocido.

Que asesinó á Francisco Lasa, vecino de Estella, tirándolo á la sima de Igúzquiza, dándole de palos antes de matarlo.

Que en Valdelana cogió y mató á Leandro del Rey, joven de diez y siete años, natural de Estella, asesinando también al padre de ese joven, llamado Ramón, cuando iba á buscar á su hijo.

Que en el pueblo de Aramendi martirizó á otro castellano, colgándolo, dándole antes de palos, diciendo Ro a que estaba presente: «... traer una gavila de aliagas, que lo hemos de quemar vivo:» cuyas aliagas llevó Jergón, tirándolo desnudo sobre ellas, y al anocheecer lo acabó de matar, retirándolo un poco del pueblo hacia el monte, y abriendo un hoyo con unas layas, lo enterró en él; cuyos huesos y calavera recogió el fiscal al tuario el día 3 de Abril último del mismo hoyo en que fué enterrado, y lo mandó depositar en el cementerio de dicho pueblo de Aramendi, donde se conservan, según consta y se acredita por la diligencia del folio cincuenta y cuatro.

Que el día 5 de Enero del año 75, cerca del pueblo de Arruiz, cogió á Bernardo Cestona, vecino de Lecumberri, á quien Rosa Samaniego acababa de robar en cuatilla y en despoblado treinta y tres duros, ó sean cien o sesenta y cinco pesetas que llevaba para su tráfico de arriero de vinos, y, robándole también Jergón la alforja y la merienda, le dió de palos, concluyendo de matarlo á bayonetazos, dejándole en un hoyo cerca de la carretera.

Que en el mes de Diciembre del mismo año tiró vivo á la sima de Igúzquiza á Eugenio Arrieta, soldado carlista, porque, arrepentido de estar entre ellos, que lo habían sacado á la fuerza, trataba de pre-entarse á las autoridades...

¿No es cierto que parece esa relación, más que un hecho real, producto de una pesadilla espantosa?

Pues hay todavía algo más horrible, y es que el espíritu que animaba á aquellas honradas masas (?) domine hoy en España, y nos veamos perseguidos y acorralados los hombres que hicimos toda clase de sacrificios por aniquilarlas.

Cucala

Era de baja estatura, grueso, de pescozo extremadamente abultado, é iba siempre afeitado á estilo de cura. Vestía generalmente pantalón ancho, alpargatas y boina. No sabía leer ni escribir; su ignorancia era absoluta. Cruel, vengativo y rebelde, se negaba á obedecer las órdenes de su jefe, si no se concretaban á actos de pilaje ó de sangre.

Nunca miraba fijamente á nadie. Casi siempre llevaba la cabeza algo inclinada sobre el pecho, la vista fija en tierra, y cuando más, levantaba los párpados un poco para mirar de soslayo y luego volver á velar los ojos, cual si temiera que por ellos se viese lo que pasaba en su interior.

Hablaba poco y bruscamente, pues ni aún en su dialecto se atrevía á pronunciar, por carecer de voces para expresar sus ideas, dado caso de que las tuviera, pues en él todo era instintivo.

R celoso, taimado y testarudo, debíamos decir, sin embargo, que siempre obró instigado por ciertos curas y por su hermano, que lo dominaba por completo. Si sus consejos os, entre los cuales se contaba un sacerdote criminal entre los criminales, no le hubieran inducido por tan funesto camino, su nombre sería ignorado. Conocieron en él una mateia dispuesta para todo, y le explotaron de tal manera que llegó á ser un auómata, obediendo sus indicaciones con la misma precisión y exactitud de un sonámbulo.

A medida que iba avanzando en la senda del crimen, sentía gran satisfacción en aumentar cada día la negra lista de sus infamias. Fusilaba, robaba, cometía todo género de atropellos, y siempre repetía su frase sacramental: «tengo sed de sangre liberal.»

No pagaba nunca á la fuerza á sus órdenes, pero la autorizaba para que se proporcionase robando cuanto necesitaba. Siempre tenía con licencia á las dos terceras partes de su gente, con el objeto de que se mantuviese en sus casas durante los periodos que disfrutaban de ella.

Para reclutar gente extendió una red de hombres por todos los pueblos que más frecuentaba, con el título de comandantes de armas, sin saber ninguno de ellos firmar. Estos comandantes tenían el encargo de proteger á todos los curas, alistar la gente que quisiera ir con Cucala y dar aviso de los movimientos de las columnas; también debían agenciar fondos y remitirlos al amo, como le llamaban.

De la protección que dispensaba á los

(Continuara.)

(FOLLETÓN 42.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

—¿Está usted esperando algo, señor Infundio?

A lo cual el Sr. Infundio contestó:

—E-pero á que me los traigan.

—¿Cuáles? ¿los polvos?—repuso el presidente.

—No, señor; los ingleses—replicó el inventor.

—¿Cómo los ingleses?—dijo sorprendido aquel.

—Sí, señor; los ingleses—contestó el Sr. Infundio.—Esta composición mortífera ha de irse insulando sigilosamente por debajo á cada inglés.

Los miembros del Jurado cambiaron mirada de asombro como diciéndose: «pero ¿qué dice este hombre?», y el presidente le hizo la siguiente observación:

—¿Y cómo van los ingleses á presentarse de ese modo? ¿Cómo quiere usted que el ejército enemigo vaya desfilando hombre á hombre delante de usted ó del que tenga esos polvos mágicos?

—Pero, señor presidente; por lo que advierto, usted está hablando de los naturales de la pérfida Albión, y yo no me he referido nunca sino á los otros ingleses, es decir, ¡á aquellos, sean de donde sean y mejor si son españoles, á quienes les debe uno dinero!

No hay que decir la que se armó. Y el ingenioso inventor purgó con unos días de cárcel la bronca que se había permitido gastar con todos sus paisanos y con el bolsillo de muchos de ellos.

CAPÍTULO XXIV

EN QUE EL AUTOR PROMETE CON TODA SERIEDAD DEJARSE CLAVAR EN LA FRENTE CUANTO LA CATÓLICA MONARQUÍA ESPAÑOLA HAYA TENIDO NI TENGA DE CRISTIANA.

¿No es verdad, lector amigo, que «católico», título especial del rey de España, cualquiera que sea su significado etimológico, quiere decir en puridad «más que cristiano»? ¿No es verdad que quiere decir tanto ó más que «cristianísimo», título especial del rey de Francia, y que «fidelísimo» (á la ley de Cristo), especial título del rey de Portugal?

Pues bien, los reyes por primera vez y por antonomasia llamados católicos, esto es, Fernando V é Isabel I, que descubrieron el Nuevo Mundo, también descubrieron ó, mejor dicho, inventaron otra cosa nueva: la esclavitud de color, ese mismo tráfico horrible que aún subsiste en el interior de África, á pesar de los esfuerzos hechos para suprimirlo por las potencias europeas más civilizadas, y que nació cuando y porque los españoles empezaron á llevar de allí negros á América. ¿Tiene esto algo de cristiano?

Otra consideración. La historia de todas las naciones está, es cierto, plagada de luchas sangrientas, de sentencias y castigos severísimos, de prácticas crueles; pero en ninguna llegan á ser unas y otras cosas tan generales, ni tan constantes, ni tan sistemáticas, ni tan faltas de disculpa y eficacia como en la monarquía española. Y de todas maneras, ¿cómo han de ser cristianas unas gentes que ni individual ni nacionalmente han tenido ni tienen otra filosofía, otra política, otra idea que la de quedarse ciegas, con tal de dejar tuerto al enemigo, mejor que salvar un ojo si para esto el enemigo ha de conservar los dos? ¡Y cuidado que esto es estúpido, porque no sólo no conduce á los goces celestiales, sino que también impide el logro de toda clase de bienes terrenales!

¡Ah! Con Cristo sucede en la monarquía española lo que con Cervantes. Todo el mundo allí habla del Evangelio y del Quijote, pero nadie ó casi nadie los ha leído, y nadie hace caso de las enseñanzas que en ellos respectivamente se contienen.

¡Cristianos los señores de aquel reino! ¿Quién dijo tal? Hace poco todos los pueblos civilizados se horrorizaron de la severidad con que los rebeldes eran tratados en Marruecos y en España. El gobierno de este país ¡curiosa circunstancia! se unió á los de los otros para manifestar á Muley Hafid su disgusto; y mientras el sultán de Marruecos pudo defender aceptablemente su conducta diciéndose que no hacía más que ajustarse á los preceptos del Corán, esto es, á la ley para él divina, á la ley, de todos modos, hecha por Mahoma, el gobierno de Alfonso XIII no tuvo más razón que dar al mundo que la de una ley humana, ley, además, hecha por los mismos señores actuales de aquel reino.

Y si se quiere aquilatar la caridad y espíritu cristiano y delicado gusto de los que no comparten las respon-

sabilidades del poder, de los que no pueden alegar para su disculpa ni la razón de Estado, véase el número de 9 de Agosto de 1909 del diario de la Corte A B C, donde se leerá esto: «...una granada cayó sobre un grupo formado por un mulo y cuatro moros (hablando de estos cafres es lícito el mencionar delante los cuadrúpedos), uno de los cuales moros estaba cargado de cartuchos. Añade la referencia que los cinco animales volaron. Amén.» Así, querido lector, con «Amén» y todo. Y eso, y otras muchas cosas del mismo estilo son publicadas bajo la dirección del mismo senador de aquella monarquía, que hizo protesta con pretexto de injurias inferidas en el extranjero al buen nombre español, al que en realidad no injuriaba nadie, pues ya se sabe que las ruidosas manifestaciones y censuras, tanto en Francia como en Italia y otros países europeos, iban expresa y aun nominalmente contra los ministros españoles y principalmente contra el Sr. Maura.

Esto, sin embargo, no impidió que el senador periodista tuviese «un éxito, como dicen los españoles, esto es, alcanzase un triunfo y una ovación que ni la Patti. Valiente, campeón, heroe... no hubo en esta línea epíteto ni hipérbole que no le dedicasen durante días y días por carta y por telégrafo lectores del periódico, parte de los cuales llegaron á olvidar que había combatiendo brillantemente en África un ejército español; pues, de otro modo, no le hubieran dicho también que «hombres así eran los que hacían falta en España.» En fin, el ideal heroico de la monarquía española, que durante una porrada de siglos estuvo siendo el Cid, y desde el año 1808 venía constituido por Daoiz y Velarde, pasó á ser entonces... ¡Don Torcuato!

Ahora bien, el lector se estará imaginando en el patriótico senador y periodista bajo cuya dirección se llamó «apaches» á los manifestantes de París, un ser pendenciero y batallador que, en cuanto ve ó sabe lo que pasa allende los Pirineos, corre á la capital francesa, pone carteles anunciando su llegada y que

no se mete en otros baches
ni se aviene á más empresas,
que adorar á las francesas
y reñir con los apaches,

á los cuales ahuyenta, y ellos, los apaches, amedrentados, se meten en sus oscuras é inmundas cuevas y no vuelven á «asomar la gaita» por las